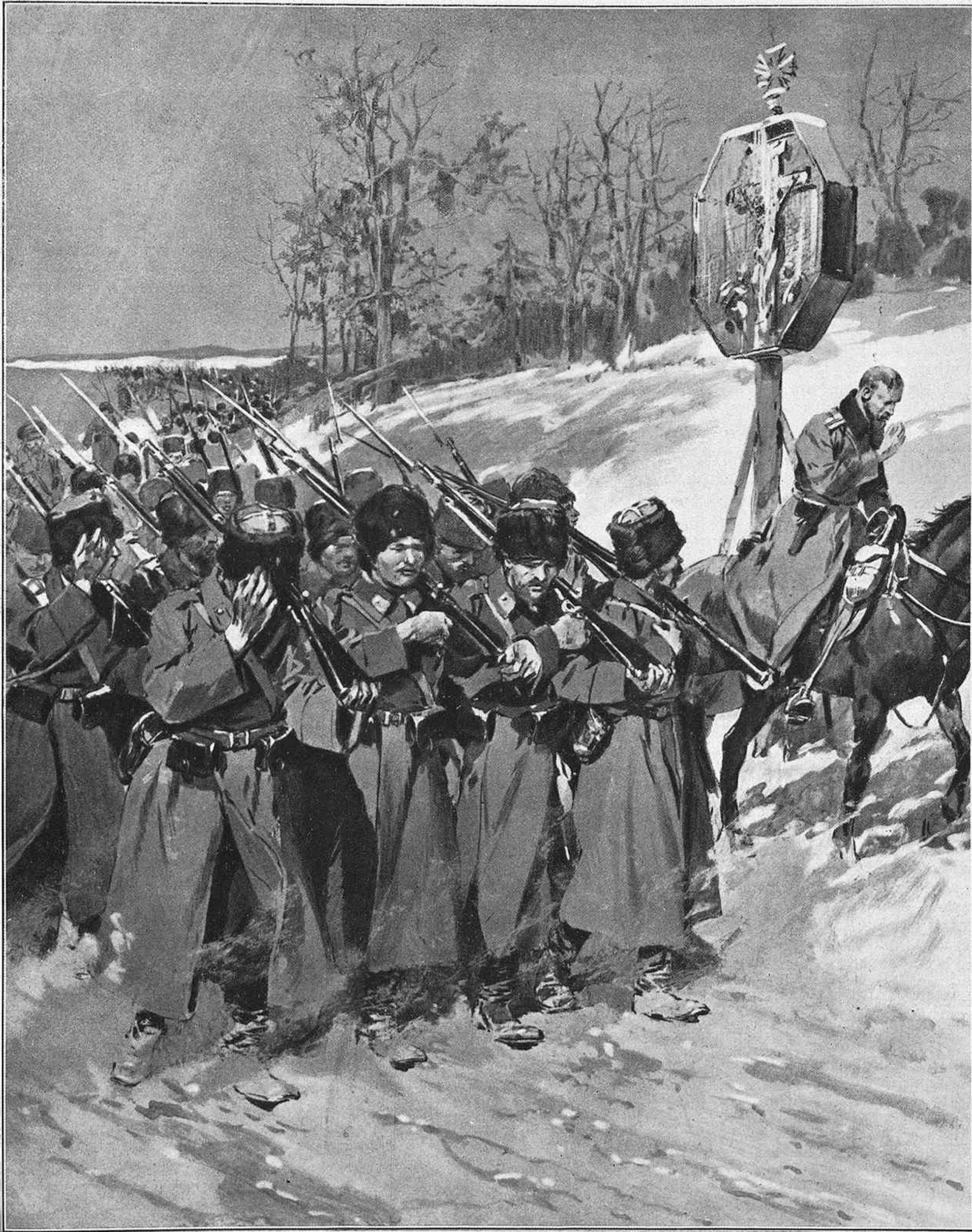


Ilustración Artística

Año XXXIV

BARCELONA 26 DE ABRIL DE 1915

Núm. 1.739



La guerra europea. — Soldados rusos que se dirigen al campo de batalla y que al pasar por delante de una de las muchas imágenes que pueblan los caminos de la Galizia, se persignan y rezan sus oraciones. Dibujo de H. C. Seppings Wright, corresponsal artístico de un periódico ilustrado londinense en Rusia. (Reproducción autorizada.)

ADVERTENCIA

Por dificultades surgidas en la ilustración de la obra, no hemos podido repartir oportunamente el primer tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA, que repartiremos con el próximo número, y será

EL VUELO DE UN ÁGUILA

interesantísima novela de Ethel M. Dell que se considera como una obra maestra de la literatura inglesa contemporánea. Ilustran el libro hermosos dibujos de Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Una página triste*, por Jacinto M. Mustieles. — *Madrid. Homenaje a Ferrant*. — *Barcelona. El viaje del Excmo. Sr. D. Eduardo Dato*. — *Madrid. Conferencia del Sr. Maura en el Teatro Real*. — *Notas de actualidad*. — *La roca del hombre muerto* (novela ilustrada; continuación). — *S. M. la Reina Doña Victoria en la Almoraima*. — *Interesante match de boxe en la Habana. El campeonato del mundo*. — *La navegación aérea y la guerra*.

Grabados. — *La guerra europea*. — Dibujo de Opiso, que ilustra el cuento *Una página triste*. — *Madrid. Homenaje a Ferrant*. — *Tipo árabe*; *Gran Dux de Venecia*; *La Sagrada Familia*; *Viernes Santo*; *La última Comunión del Rey Fernando el Santo*, cuadros de A. Ferrant. — *Barcelona. Viaje del Excmo. Sr. D. Eduardo Dato*. — *Madrid. Conferencia del Sr. Maura en el Teatro Real*. — *Notas de actualidad*. — *S. M. la Reina Doña Victoria en la Almoraima*. — *Interesante match de boxe en la Habana*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Varias veces me han solicitado — desde que se desencadenó la guerra —, para que una mi voz a la de otras damas (o la alce aisladamente), a fin de conseguir que la guerra termine...

No es posible negarse a tan humanitaria petición. Por mí, que no quede. Tanto más, cuanto que el deseo que me piden que exprese, es el mismo que siento a todas horas.

¿Quién no deseará el término de esta espantosa lucha, cuyas consecuencias posteriores se temen sin definir, y no se definen porque sobrepujan a la imaginación? Pero una cosa es esto, y otra creer que conduzcan a nada (como no sea a una afirmación colectiva de buenos sentimientos, lo cual nunca está de sobra), estas peticiones por la paz y concordia entre los príncipes cristianos... y mahometanos también, dígalos Turquía.

Me represento a un barbudo general, de los aliados o de los germanos, en su campamento, dando vueltas a la cuestión ardua de cómo empeñará el «movimiento» del día siguiente, o de aquella misma noche. Si le dicen — no se lo dirán — que las damas españolas desean la paz, es fácil que ponga por comentario:

— ¡Más la deseo yo!

Y en cuanto a los príncipes cristianos o de la Media Luna... ni aun comentarán. A lo sumo, un repulgo desdeñoso:

— ¡Visto!

Porque — y esto es claro como la luz —, los intereses, mercantiles o patrióticos, no lo discutamos, que han determinado esta guerra, son tan fuertes, que pretender influir en el desarrollo de los sucesos con un sentimiento tierno y dulce, es como impedir con un papelillo extendido el paso de un torrente...

La guerra terminará, es también indudable. Terminará, y acaso más pronto de lo que se piensa, porque no hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista. Y yo ya no comprendo cómo el cuerpo de bastantes naciones beligerantes puede aguantar tal desangre de las venas y de la bolsa.

Otra cosa hay que tampoco me explico: por qué andan diciendo que al terminarse la guerra es cuando España notará las consecuencias del conflicto mundial.

Esto sí que será injusto. España en nada se ha metido, y ¿ha de sufrir consecuencias tan atroces? No nos faltaba más que eso.

Pero a todo hay que disponerse. Por lo tanto, preparémonos, y si viene la miseria que vaticinan, recojámonos a un rincón del mundo, a poder decir, como Siéyes, a quien le preguntaban qué había hecho durante el Terror:

— ¡He vivido!

Con la primavera (aunque agria y destemplada), se ha exaltado la pasión amorosa, llamémosla así, y multitud de novios y amantes han tenido la comedia de acabar con sus amadas y novias, por aquello de «muerto el perro se acabó la rabia».

Se pierde la cuenta de los crímenes de este género cometidos últimamente. Crímenes rifeños con los cuales el Jurado suele desplegar benignidad suma.

También me ha parecido demasiado suave el acuerdo del tribunal que absolvió a un capitán fran-

cés — en Francia ocurre el caso — que mató a su mujer a tiros, porque, sobrado enamorada de él, no le dejaba a sol ni a sombra, y no le permitía cumplir sus deberes militares...

¿De suerte que es lícito al hombre despachar a la mujer al otro barrio, ora sease porque ya no le quiere, ora porque le quiere de más, con golosina y con fatigas?

Uno de los crímenes o por lo menos delitos que se cometieron estos días contra la mujer, ha tenido por móvil, no tiquis miquis afectivos, sino el vicio nacional: la afición, así, *tout court*, porque nadie ignora de qué afición se trata.

Bien mirado, estaba en lo justo el buen hombre. ¿Habrá exigencia como la de preferir conservar los colchones, en vez de dedicar su importe a adquirir un tendidito para admirar al fenómeno?

Debía de ser la tal esposa una grandísima comoda y holgazana, amiga de dormir en blando. Por tan pernicioso aspiración, se opuso a que empeñase los colchones su marido. Y éste, para darle una leccioncita, fué y la descargó unos cuantos estacazos, amén de intentar estrangularla, o cortarle el cuello, o tirarle un viaje, o cosa parecida.

¡Y aun hay quien encuentre recargado el cuadro que pintó Federico Oliver en *Los semidioses*!

Para los que entienden que la fe se ha acabado en el mundo, va la noticia. Trátase de la gran custodia que, en la noche del 16 al 17 de mayo, inaugurará la Adoración nocturna en la Catedral de Madrid.

Es realmente un detalle, nada más, del culto tan intenso y a cada paso más extenso también de la Vigilia del Santísimo Sacramento; y, en poco tiempo, se han recaudado para la custodia, en metálico, cerca de cincuenta mil pesetas, gran parte en oro, y miles de piedras preciosas que enriquecerán la joya. El oro obtenido fundiendo monedas y alhajas, pasa de once kilos y medio, y la plata, de veinticinco kilos, pues una familia envió su servicio de mesa, sin faltar pieza de él.

Digan luego que nuestra época es de frialdad religiosa: pocas veces se habrá dado tanto para el culto y para la beneficencia, que es una derivación de la fe. Aumentan las restituciones por medio de los confesores, y las personas que legan sus bienes para fines de caridad, son muy numerosas y pudientes.

Entre ellas, por cierto, figura mi antigua amiga la duquesa de Nájera — ya duquesa viuda al morir —. Esta señora, con la más noble intención, dejó su magnífico palacio de la calle de Alcalá para un Asilo, creo que de niñas. Pero es el caso que de la idea a la práctica va mucho trecho, y parece que el sitio que ocupa el palacio y su distribución le hacen poco a propósito para tal fin. Así es que será difícil cumplir al pie de la letra la voluntad de la testadora. Tampoco, según dicen, se cumplirá su encargo de que las pieles que poseía se arreglen para uso de las niñas de dicho Asilo. No hay manera de poner una estola de chinchilla al cuello de una niña pobre. Este capricho, que tiene mucho de poético, no pasará del papel de oficio. Las pieles supongo que habrá que venderlas, y con su producto, se podrá abrigar bien a las asiladas, el día que el Asilo sea un hecho.

Va acercándose la fecha del Centenario de Cervantes, y el cervantismo dicta una multitud de iniciativas, y origina infinidad de discusiones, que nos interesan a todos.

Yo, menor de los o de las que cultivan el habla castellana, declaro que Cervantes es patrimonio de todos, y que cuantos escribimos tenemos un derecho más especial a opinar en tal asunto. Y por lo mismo, el monumento a Cervantes, que se proyecta y al cual se le está buscando emplazamiento, no debe ser a Cervantes tan sólo, aislando su gloria. El monumento debe ser al habla castellana, lo cual engrandece a Cervantes, haciéndole símbolo de algo tan majestuoso, y tan extendido, y tan impercedero en ambos mundos. De tal suerte, se comprenderá que Cervantes representa justamente *eso*, el idioma, en su momento de expansión, en el viejo solar y al través de los mares.

Y como quiera que, aun habiendo culminado en Cervantes el idioma, otros muchos contribuyeron a completar el tesoro, y en cada uno pudiera encontrarse una excelencia y virtud especial, y acaso una nimia perfección que en la espontaneidad de Cervantes no cabría, tengo por injusto que vaya Cervantes no más, y que, conservando el lugar preeminente, entre los grandes clásicos, maestros del lenguaje no le rodee la huéste. El monumento debe ser de tal traza, que acompañen a la de Cervantes varias figuras, por el arte del escultor dispuestas, de manera

que indiquen el sucesivo desenvolvimiento de la magnífica lengua castellana.

Allí deben agruparse, en apoteosis, desde Alfonso el Sabio, el Arcipreste de Hita y Gonzalo de Berceo, pasando por los siglos de oro, con Lope de Vega, Tirso de Molina y Santa Teresa de Jesús, sin olvidar a Quevedo, Gracián, Herrera, Villegas, y sin prescindir de San Juan de la Cruz, y de los cronistas e historiadores, todos los que dejaron alta memoria en el cultivo de nuestra habla nacional, hasta Torres Villarroel, los clásicos del siglo XVIII, y los románticos del XIX. El monumento, así comprendido, tendría dos cualidades: sería grandioso y respondería a un concepto de equidad. Sería injusto que, por glorificar a Cervantes, que merece toda gloria, sacrificásemos a los demás, que la merecen también.

Como en todo caben pareceres encontrados, no falta quien entienda que Santa Teresa es un maestro de la altura de Cervantes, y más puro de lenguaje, ya que el autor del Quijote incurrió en numerosos italianismos. Por mi parte, declaro que siempre colocaré a Cervantes a la cabeza; lo cual no implica que se otorgue a los otros grandes escritores y grandes poetas, pensadores, satíricos, místicos, historiadores, etc., un lugar a su lado... y ¡felicidades, en medio de todo, las naciones que pueden presentar tal cohorte de talentos y de genios!

Emoción sincera y efusiva ha causado en Madrid, y a todas las clases sociales — tan resobada frase cae bien aquí — la operación quirúrgica que ha sufrido Mariano de Cavia. Un entendimiento y cultura prestigiosos, demostrados en larga y asidua colaboración en *El Imparcial*, habían familiarizado con su nombre al público, y le proporcionaban notoriedad envidiable. Su pluma tenía arranques simpáticos, y un españolismo de aragonés de cepa vieja le inspiró mil veces campañas resonantes y briosas. Por eso, al ser conocido el peligro de su vida, no quedó quien no se interesase por él, ni quien no fuese a preguntar por su salud, en el Sanatorio.

La operación, cuyos detalles no conozco, ha debido ser cruenta y rigurosa. Sin duda estuvo afortunada la ciencia, pues el enfermo empieza a poder recibir a las personas que desean verle y felicitarle.

Importa que hombres como Cavia conserven su cerebro sano y firme, y puedan dedicarse a sus tareas (así lo esperamos), muchos años todavía.

Se preparan grandes fiestas en la villa y corte. El tiempo no parece el más propio para zambras, pero reconozcamos que conviene ponerse en la razón de todo el mundo; que el comercio sufre una crisis profunda; que los hoteles y fondas ganan poco o pierden bastante, y que es preciso vivir.

La iniciativa de las fiestas de mayo pertenece al Centro de Hijos de Madrid, que ha desplegado los recursos de una imaginación fértil para desarrollar el programa. Entre otras mil solemnidades, veo que en la Plaza de Toros se verificará un homenaje a Chueca, sin duda el compositor que mejor interpretó el alma del pueblo de Madrid y de la chulería. A este homenaje cooperarán todas las bandas civiles y militares, y los coros de todos los teatros madrileños. Habrá fiesta de la Maya, con cantos y coros a la Primavera, y batalla de flores en el paseo de coches. Además, en plazas y calles se exteriorizará la animación por medio de balcones engalanados.

No dejo de tenerle un poco de miedo (miedo enteramente altruista, pues ya se comprende que no había de asistir a festejo alguno) a la llamada fiesta del Progreso, que tendrá base de aerostación y automovilismo. Es un poco expuesto a desgracias. Aquí, donde el *sport* de moda en los chicos es torear a los automóviles, y su plato de más gusto, meterse bajo sus ruedas; aquí, donde nadie se aparta cuando toca la bocina; aquí, donde es milagroso que diariamente no haya quince o veinte despachurrados, ¿qué sucedería en la aglomeración de un festival?

Pero en fin, lo que algo vale, algo cuesta. El programa es nutrido, original y brillante, y con que se realice la mitad, podrán darse por contentos el comercio y las varias industrias que realmente languidecen, llevando a la ruina y al hambre a innumerables familias.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



UNA PÁGINA TRISTE, POR JACINTO M. MUSTIELES, dibujo de Opisso



(La olvidaréis pronto, ¿verdad? Yo os lo deseo.)

— ¡Madre, que sí, que me quiere de veras, que es bueno!..

— ¿Y qué sabes tú, mocosa, de cariños ni de bondades? ¿Qué sabes tú de la vida, si no la has visto siquiera por un agujero? Lo que él te dice, lo que él quiere decirte..., ¡claro!, muy buenas razones, ¡y a fe que al pollo no han de faltarle palabras! Parece que las sabe de memoria o que las lleva en el bolsillo y echa mano al chaleco y... un discurso que si no lo detienes se está charlando hasta la Pascua.

— ¡No, madre, no! ¡Tú que no lo sabes, que no le comprendes, que no le oyes!..

— ¡Bah! ¡Si dejaré de conocerlo! ¿Crees que se llega a mis canas sin saber las picardías y los embustes que los donjuanes guardan para las crías bobaliconas como tú?

— ¡Madre, que no son embustes, que me quiere de verdad!..

— ¡Y va! ¡Ya lo creo! Un hombre cansado de la vida, que ha corrido la Ceca y la Meca; que a fuerza de disfrutar de todo, se ha hastiado de todo, y que ha tenido más aventuras que pelos en la cabeza, encuentra ahora una criatura sin ciencia ni conocimiento de nada, que no sabe más que mirarle con ojos de embobada y suspirar cuando se marcha..., y sin más ni más se olvida de sus mil historias, se vuelve ordenado y trabajador, se deja todas sus crápulas y se enamora como un chico. ¡A buena hora, mangas verdes! ¡A mí había de venirme con sus cuentos y sus brujerías, y ya vería él cómo le salía la criada responzona! Pero es igual; tú obrarás por inspiración mía, que para eso soy tu madre y has de obedecerme en lo que te mande: para buscar tu felicidad, para no oír más musiquita encantabobas, para escapar al peligro...

— ¡Madre!..

— El peligro..., ¡ya lo creo! ¿Qué sabes tú a lo que está expuesta una incauta con un bohemio como ése, un calavera, un holgazán, un!..

— ¡Madre!

— ¡Ea, se acabó! Ya me he cansado de darte explicaciones. Harás lo que yo te mande y nada más. Cuando vuelva, le dices que se largue por donde ha venido; que continúe con esa vidita de acostarse cuando sale el sol y levantarse por la tarde; que siga con sus periódicos, con sus vicios y con sus aventuras; que no nos maree más; si está cansado de su mala vida, que se busque una mujer como él, una señoritinga romántica o... una cupletista, que le irá muy bien. Y si no..., ¡que se pegue un tiro, ea; pero aquí que no vuelva!

— ¡Madre!..

... y ha besado las manos de la Lola piadosa

Y la madre hubo de recibir al novio, porque Lola no supo que había llegado cuando ella se revolvió sobre la cama mordiendo la almohada, porque su madre no la dejaba llorar. Y él, de pie, más pálido que nunca, oyó las razones que se le daban — y se le daban por cortesía, para que no creyese que en aquella casa faltaba educación —, como lluvia de fuego que perforaba su cabeza. Y luego, calle abajo, el bohemio, con los puños crispados, andaba tropezando con cada uno, con una nube roja, muy roja, que le cegaba y una angustia grande, muy grande, que le apretaba el corazón..., sin saber, tal vez sin creerlo, que allá arriba, sobre su cama, Lola se revolvió mordiendo la almohada para que su madre no oyese que lloraba.

Luego una carta larga, vehemente, deshilvanada, que Lola leyó con la inmensa amargura de las grandes desesperanzas y que cosió a su corsé de donde nunca se atrevía a desenterrarla. Y el paseo y las amigas y las labores como un martilleo insoportable. Y los días de sol, como muecas de ironía, y las horas de lluvia, como plegarias por el amor truncado. Por la noche..., al quitarse el corsé, parecía que la angustia de aquella carta, pesando todo el día sobre el corazón, dejábala respirar un poco, pero sólo un poco, que bien al oído se repetían las palabras, duras como puñales...

Y en el misterio de su alcoba, en el silencio de la noche, era la carta unas líneas de fuego que se

encendían con intensidad para taladrarle los párpados; que, después, al llevarse las manos a los ojos, se dibujaban en su frente:

«Mala por débil. Débil con tu madre y mala conmigo.

«¿Qué más da? Anduve siempre por la vida como carreta vieja entre peñas y a cada nueva caída me levantaba sin preocupación del nuevo lugar donde caería. Una de tantas había de ser la definitiva, y la definitiva lleva tu nombre...

«¿Qué más da? Yo no quiero para ti ni siquiera la responsabilidad de mi pérdida. Des tino solo. Soñado azarosa mi vida para un florecer de rosas en el ocaso. Había soñado en ellas, rosas floreciendo como olvido del pretérito, como esperanza de un resurgir, la alborada de una vida nueva. Había soñado que eras tú la prometedora de una posible felicidad. Y ha sido un error más. ¿Qué culpa tienes tú de mis errores? Era destino, destino previsto.

«Yo rodaba sin freno. Era la piedra que rodaba monte abajo, suspirando tal vez por un hoyo, por una mata que la detenga. Soñé en la mata, rosas en floración, tú..., y tú huiste de mi camino, te apartaron... Encontraré el hoyo. Y el hoyo será eterno y quedaré por eterno en él. Después de todo, ¿qué más da?

«Ni reniego ni maldigo.

«Quédese esto para los vulgares que no saben

aceptar la vida con sus horas de sol y sus noches de tormenta. Muy al contrario yo. Mi pérdida tiene una perversa sonrisa, de una belleza soberana. Mi pérdida llega en plena juventud, a la edad en que todos abren los ojos a la esperanza. Más atractiva así. Yo quisiera para esa sonrisa perversa un poema inmortal en que cada verso quedara tejido con pasionarias.

»Yo llegué viejo a ti. Una larga vida de desorden, de aventuras y de desilusiones nos separaba. Tú podías haber sido la mano piadosa que borrara mis recuerdos tristes; podías haber sido la reparadora de mis malaventuras, la inspiradora de mi vida nueva; esa vida que te ofrecí y en la que no te dejaron creer... Pero, realmente, ¿tenía yo derecho a ello?

»Tal vez estaba en ti mi salvación. Yo había sentido por ti unas ansias de vida tranquila, de noches sosegadas, serenas, en que tomándote en los brazos te dijera cuentos de princesas encantadas, hasta dormirme como a una nena; ansias de trabajo metódico, reglamentado y sobre todo unas ansias infinitas de olvido, porque... ¡he sufrido tanto, pequeña! ¡He amado tanto, he soñado tanto... y me desencantaron tanto!

»Yo quería olvidarlo en ti, en tu cariño de pureza, y quería unir por la fe los cachos del corazón para ofrecértelo muy a ti sola... Y tú no me has creído, no te han dejado creerme. En realidad, ¿tenía yo derecho a que se me creyera?

»Ahora, otra vez mi vida nómada, otra vez amores de una noche, otra vez amigos en la lucha sin esperanza y otra vez la absente para hacernos reír las abortadas ensoñaciones... Después, un eterno olvido. Habré sido uno más, y uno más... ¿qué importa a nadie?

»Yo, el histrión que fui y que regresa a su farándula. Tú, mi gran fracaso. Tú, mala por débil; débil con tu madre, mala conmigo.»

Lector: cuando encuentres en tu camino unos ojos sin luz y unos labios contraídos, que no saben verte y no aciertan a sonreírte; cuando halles en un rincón de café alguien que bebe la absente como besándola; cuando sepas de vidas desquiciadas, de rutas de vicio, de obsesiones de perversión; cuando leas de abandonos, de fango, de inaniciones..., piensa que todos tuvieron cerca una mano salvadora que se encogió cobarde o impiadosa; piensa que arrastran una humillación tristísima...

Lola ha llegado a la casa donde el humillado obtuvo confraternidad. Lola se siente vencedora al fin y ha buscado al amador con la decisión del cariño dominante. Y Lola va contenta, va esperanzada.

Porque Lola ha sentido en su sangre el espionaje de la traición posible, y ha querido responder gallardamente a la acusación de la carta inolvidable. Ni mala ni débil.

Porque Lola ha sabido sonreír al marido burgués que la madre le presentara. Ha sabido sonreír a sus cumplidos torpes y vulgares, y a las frases comentadoras de la madre implacable:

— Sólo un novio tuvo, allá en la mocedad. Lluvia de verano, señor. Fué aquél un gran bohemio, un gran vicioso, agostado por su mala vida, que tal vez pensara en este corderillo como presa nueva en que hundir su garra enguantada. Yo le hablé como debía y... Todo lluvia de verano, señor.

Lola supo sonreír, pero le ha espantado la futura traición y ha buscado al amador en la casa de los amigos donde hallara confraternidad. Y el gran amador le ha alargado la mano...

— Yo seré para ti lo que tú quieras, la mano que te salve, los ojos que te hagan olvidar. Yo seré para ti la mata que te detenga, la alborada de tu nueva vida..., todo lo que soñaste, todo lo que me decías en esta carta que aun llevo sobre el pecho...

Y el amador ha encontrado una sonrisa dulce, muy dulce, y ha besado las manos de la Lola piadosa.

— Un poco tarde... Has llegado un poco tarde. Yo

te buscaba en cada mujer, cuando aun las piernas podían llevarme al olvido del veneno. Yo te esperaba aquí, en los amaneceres que me sorprendieron con fiebre, cuando volaban los gorriones y el sol quería llegar hasta mi cama para besarme los ojos. Yo te esperaba a cada puesta, cuando el convento



Madrid. Homenaje al pintor D. Alejandro Ferrant. — El Sr. Francos Rodríguez (1), entregando al Sr. Ferrant (2) la medalla de oro que le regalan sus admiradores. A la derecha del Sr. Ferrant, los Sres. Prast (3) y Ramos Carrión (4).

vecino tocaba el Ángelus... Has llegado un poco tarde... ¿Qué quieres ahora? Quizás ni tiempo tuvieras para recoger un adiós. ¿No lo ves? Ya la tisis es dueña de mí... Has llegado tarde.



Anverso de la medalla de oro regalada al ilustre pintor don Alejandro Ferrant, acuñada por iniciativa del Círculo de Bellas Artes y costeada por suscripción entre los admiradores del artista. Obra de José Capuz.

Y yo, amigo lector, quería la felicidad de decirte que curó el amador y que fué Lola la redentora de su fracaso.

Hasta he dudado si convertir en cuento esta página de vida, para hacerte sonreír con una mentira de caridad.

Pero tal vez ni tú la creerías, porque tú sospechas... que Lola salió angustiada de casa del amador, defraudada más bien, y que lloró un poco con su madre celosa y que por fin dijo sólo:

— Tenías razón, madre. Era un bohemio extraordinario, un vicioso incorregible y... le mata su vicio. Le perdono y le olvido. Yo soy joven aún... Yo debo casarme...

MADRID. — HOMENAJE A FERRANT

Iniciado por algunos amigos y admiradores de D. Alejandro Ferrant, gloria del arte pictórico español contemporáneo, el propósito de tributar un homenaje de admiración y cariño a tan ilustre artista, el Círculo de Bellas Artes asocióse con entusiasmo a tan simpático pensamiento y muy pronto quedó constituida una comisión para llevarlo a cabo, comisión que formaron los señores Francos Rodríguez, Cabrera, Dorado y Pulido.

Esta comisión gestionó y obtuvo la adquisición por el Senado del cuadro de Ferrant titulado *Ultima Comunión del Rey Fernando el Santo*, obra comenzada por encargo del infante don Sebastián que a la muerte de éste quedó sin terminar y que recientemente ha concluido el maestro. Asimismo acordó acuñar una medalla de oro dedicada al pintor insigne y que ha sido costeada con el producto de una suscripción abierta entre sus admiradores.

La entrega de esta medalla al homenajeado se efectuó hace algunos días en el salón de actos del Círculo de Bellas Artes y revistió gran solemnidad. Ocupó la presidencia el Sr. Ferrant, quien tenía a su derecha al alcalde de Madrid Sr. Prast, y a su izquierda al presidente del Círculo señor Francos Rodríguez, y en los demás sitios del estrado estaban varios celebrados artistas; en el salón había congregado un público tan numeroso como selecto en el que figuraban distinguidos pintores, escultores, arquitectos, músicos, y elegantes y bellas damas.

Comenzó la ceremonia con un elocuente discurso del Sr. Francos Rodríguez, quien expuso cómo surgió el propósito de rendir el homenaje; estableció un parangón entre el acto que se realizaba y el que se había efectuado aquel mismo día en la Escuela de Minas, en donde el Rey había impuesto condecoraciones a dos héroes; proclamó su confianza en el resurgimiento de nuestra patria, a la que nadie podrá arrebatar el imperio glorioso de su ciencia y de su arte que señalaron días imborrables en la

historia del mundo; hizo notar que al rendir homenaje a D. Alejandro Ferrant cumplía Madrid el deber de honrar a uno de sus hijos; y ofreció la medalla a Ferrant, congratulándose del honor que era para él el entregársela.

El Sr. Prast, en elocuentes frases, adhirió al homenaje como amigo y admirador del artista, y como alcalde en nombre del pueblo de Madrid.

Finalmente el Sr. Ferrant, profundamente emocionado, expresó su agradecimiento a cuantos habían contribuido a aquel homenaje, que estimaba superior a sus merecimientos.

Una ovación acogió las frases del Sr. Ferrant, y todo el público, puesto en pie, presenció el acto de la entrega de la medalla.

Ésta es obra del laureado escultor Sr. Capuz; en el anverso lleva el busto del maestro con la leyenda «Homenaje a Alejandro Ferrant» y en el reverso hay una figura representativa de la Pintura. De la medalla, además del ejemplar en oro ofrecido al homenajeado, se han acuñado otros en plata y en bronce para que puedan conservarlos todos los que han contribuido al homenaje.

Alejandro Ferrant nació en Madrid en 1843 y fué discípulo de su tío Luis Ferrant y de la Escuela Superior de Pintura, en la que obtuvo varios premios. Después de haber alcanzado algunas medallas en las exposiciones de Bellas Artes de Madrid y de Cádiz, pasó en 1874 como pensionado a Roma, y en 1878 ganó una primera medalla en la Exposición Nacional con su cuadro *El entierro de San Sebastián*, que ahora figura en el Museo de Arte Moderno.

Muchísimas y muy notables son las obras por él pintadas; la mayoría de ellas figuran en las principales galerías particulares; algunas hay también en museos públicos, y en la iglesia de San Francisco el Grande se admiran hermosos lienzos suyos de carácter religioso.

Ferrant pertenece desde 1880 a la Academia de San Fernando y es profesor de la Escuela Superior de Artes e Industrias. (Fotografías de J. Vidal.)



TIPO ARABE, acuarela de Alejandro Ferrant

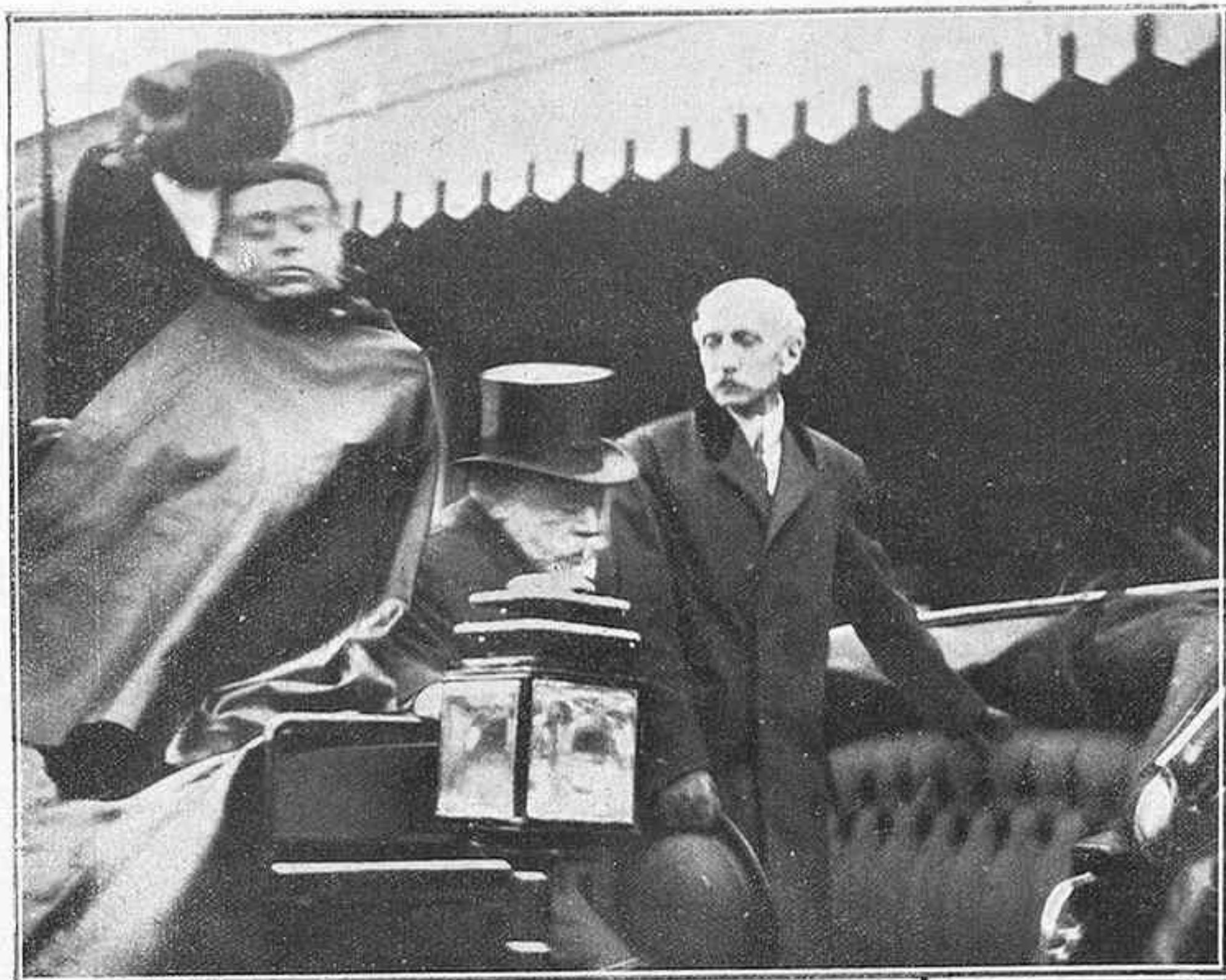


GRAN DUX DE VENECIA, acuarela de Alejandro Ferrant



LA SAGRADA FAMILIA, cuadro de Alejandro Ferrant

BARCELONA. — EL VIAJE DEL EXCMO. SR. D. EDUARDO DATO. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



El Sr. Dato subiendo al automóvil con el gobernador civil a su llegada a Barcelona

El Excmo. Sr. D. Eduardo Dato, actual presidente del Consejo de Ministros, fué invitado, antes de ocupar el poder, por la sociedad La Alianza para la colocación de la primera piedra de la quinta de salud que aquella entidad ha de construir en Barcelona.

Señalada la celebración de este acto para el domingo 18 del actual, llegó el Sr. Dato a esta ciudad la mañana de dicho día, siendo recibido en la estación por todo el elemento oficial y por comisiones y personalidades en tan gran número, que sería imposible enumerarlas. El elemento obrero tenía también una representación nutrida.

Una compañía del batallón de Alba de Tormes, con bandera y música, rindió al jefe del Gobierno los honores correspondientes a su elevado cargo.

En el exterior de la estación un enorme gentío esperaba el paso del Sr. Dato.

La llegada de éste fué acogida con una estruendosa salva de aplausos y entusiastas vivas, que se reprodujeron más calurosos cuando el Sr. Dato salió de la estación y singularmente cuando se asomó a uno de los balcones del Gobierno civil. Después de recibir a las comisiones y personajes que pasaron

lizar una obra de agradecimiento y de justicia con el actual presidente del Consejo de Ministros; encareciendo a todos, a los de arriba, a los de abajo y a los poderes públicos que prestaran su apoyo a las obras sociales de redención del proletariado; encomiando el desprendimiento de los esposos Sres. Grifó, donantes del

el salón de juntas de este último efectuóse la recepción, ocupando la presidencia el Sr. Dato, quien tenía a sus lados al presidente del Fomento Sr. Caralt y el de la Cámara Industrial, Sr. Ferrer y Vidal y a otras personalidades distinguidas. Los Sres. Caralt y Ferrer y Vidal, en sendos discursos, expresaron al Sr. Dato las aspiraciones de la industria y del comercio catalanes ante el pavoroso problema que se planteará al terminar la actual guerra. El Sr. Dato contestó agradeciendo las saluciones que se le habían dirigido, haciendo ver cuánto se había preocupado el gobierno de la crisis producida por



El público estacionado frente al Gobierno Civil tributando una ovación al Sr. Dato, poco después de su llegada a esta ciudad

terreno en que se construirá la quinta de salud de La Alianza; y diciendo al Sr. Dato que cuando se retire al seno de su familia para descansar de las fatigas gubernamentales podrá decir que ha sido de los pocos que ha visto palpablemente la luz de la gratitud en los ojos de los hijos del pueblo.

El Sr. Dato, visiblemente emocionado, agradeció los elogios del Sr. Junoy, que recabó enteros para el Parlamento; elogió la generosidad de los Sres. Grifó; ofreció en nombre de S. M. el Rey 5.000 pesetas y otras tantas en nombre del gobierno para la quinta de salud; expresó la esperanza de que, después de la actual conflagración europea, se mostraría más pujante el amor al prójimo y resurgirían los progresos comerciales; y terminó alzando su copa en loor de La Alianza y de los Sres. Grifó.

Terminó la fiesta con sentidas frases del señor Grifó.

Todos los discursos, singularmente el del Sr. Dato fueron ruidosamente aplaudidos.

la guerra, estableciendo una distinción entre lo que podía hacer el gobierno y lo que era de incumbencia del Parlamento en cuanto a los proyectos que se habían formulado para remediar aquella crisis, y expresando su deseo de que se mantenga la comunicación entre el gobierno y las entidades económicas.

Fué luego el Sr. Dato al Palacio de Bellas Artes en donde se celebraba un festival a beneficio de la Cruz Roja belga, luego al Círculo Conservador y finalmente al Gobierno civil en donde recibió numerosas comisiones. A las ocho y media celebró el banquete con que el gobernador obsequió al Sr. Dato, y después asistió éste a la función de gala dispuesta en el Gran Teatro del Liceo. En uno de los entreactos visitó el Círculo del Liceo, en donde se le dió un champaña de honor.

Al día siguiente el Sr. Dato estuvo en Badalona en cuya Casa Consistorial fué saludado por las autoridades y recibió a varias comisiones. Visitó luego el Ateneo Obrero, la Escuela de Tejidos y las fábricas de estampados sobre hoja de lata del Sr. Andreis, de productos químicos de la Sociedad anónima Cros, y de la Energía Eléctrica de Cataluña. Después de almorzar visitó la de trefilería y puntas de Hijos de Ramón Rosés, la de Vidrio de la Unión Vidriera Española, la de tejidos de Hijos de Montal y la de galletas Gloria, y la sucursal de la Caja de Pensiones para la Vejez.

En el expreso de la noche regresó el Sr. Dato a Madrid habiendo acudido a despedirle en la estación los mismos elementos oficiales y corporaciones que el día antes le habían reci-

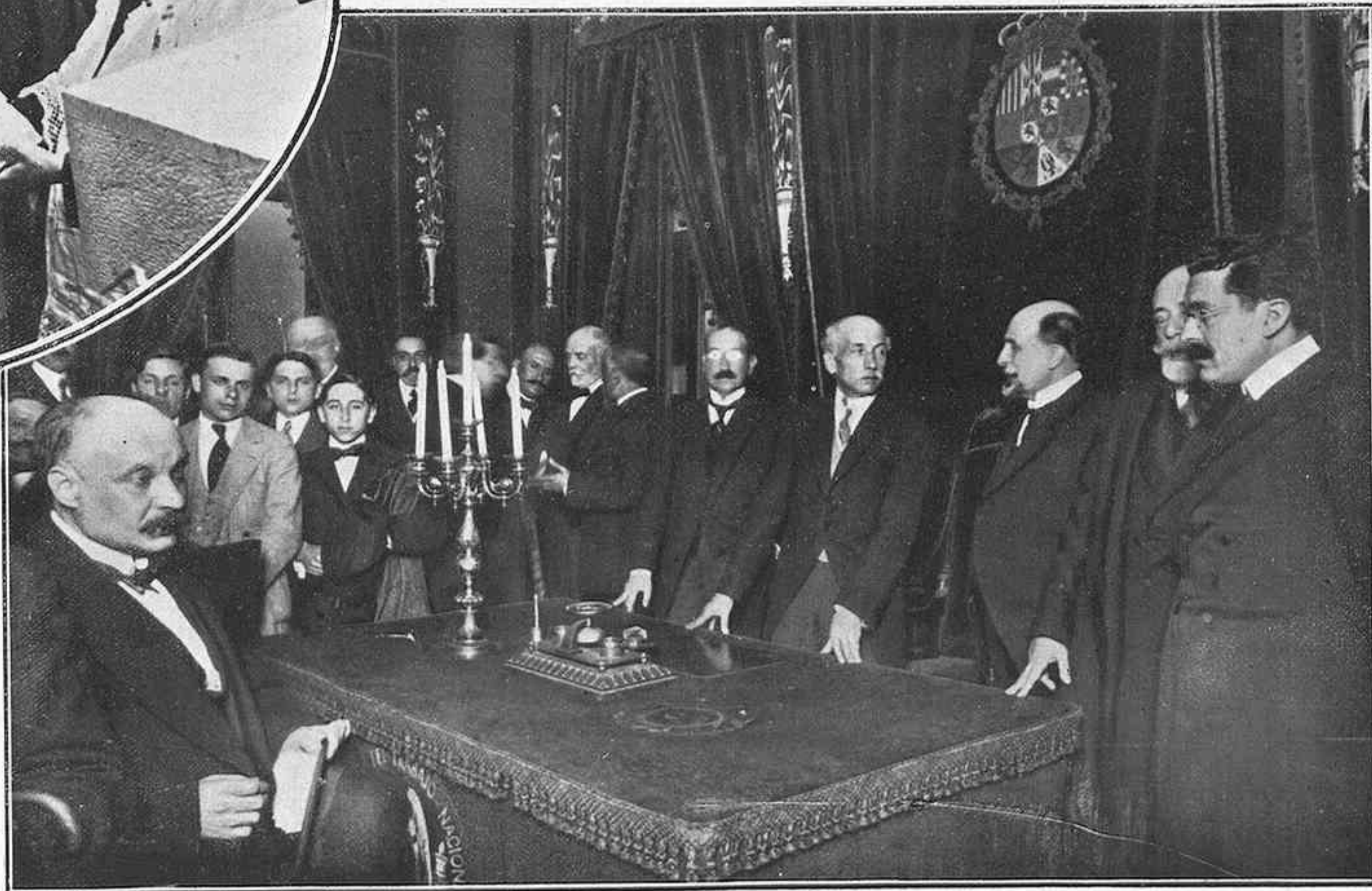


Acto solemne de colocar la primera piedra de la Quinta de Salud de «La Alianza» bajo la presidencia del Sr. Dato

a saludarle, y de oír misa en la iglesia de la Merced, trasladóse, seguido de numerosos acompañantes en automóviles y coches, a la calle de Coello en donde ha de levantarse la quinta de salud de La Alianza.

El mal tiempo quitó solemnidad a la ceremonia que se celebró rápidamente. El Ilmo. Sr. obispo Dr. Reig, revestido de pontifical bendijo la primera piedra que fué colocada en el sitio que ha de ocupar, echando sobre ella paletadas de argamasa el prelado, el Sr. Dato, el presidente de la sociedad constructora y el de La Alianza.

Terminado aquel acto, el Sr. Dato visitó la fábrica de automóviles La Hispano-Suiza y después de descansar breves instantes en el Gobierno civil, asistió al banquete que dió en su honor en el Mundial Palace La Alianza, y al que asistieron 500 comensales que, a su llegada, le tributaron una calurosa ovación. Al servirse el champaña el presidente de La Alianza ofreció el banquete al Sr. Dato, y a continuación el Sr. Junoy, en nombre de aquella entidad, pronunció un elocuente discurso explicando el significado de aquella fiesta en la que se sumaban los elementos de las más opuestas tendencias para rea-



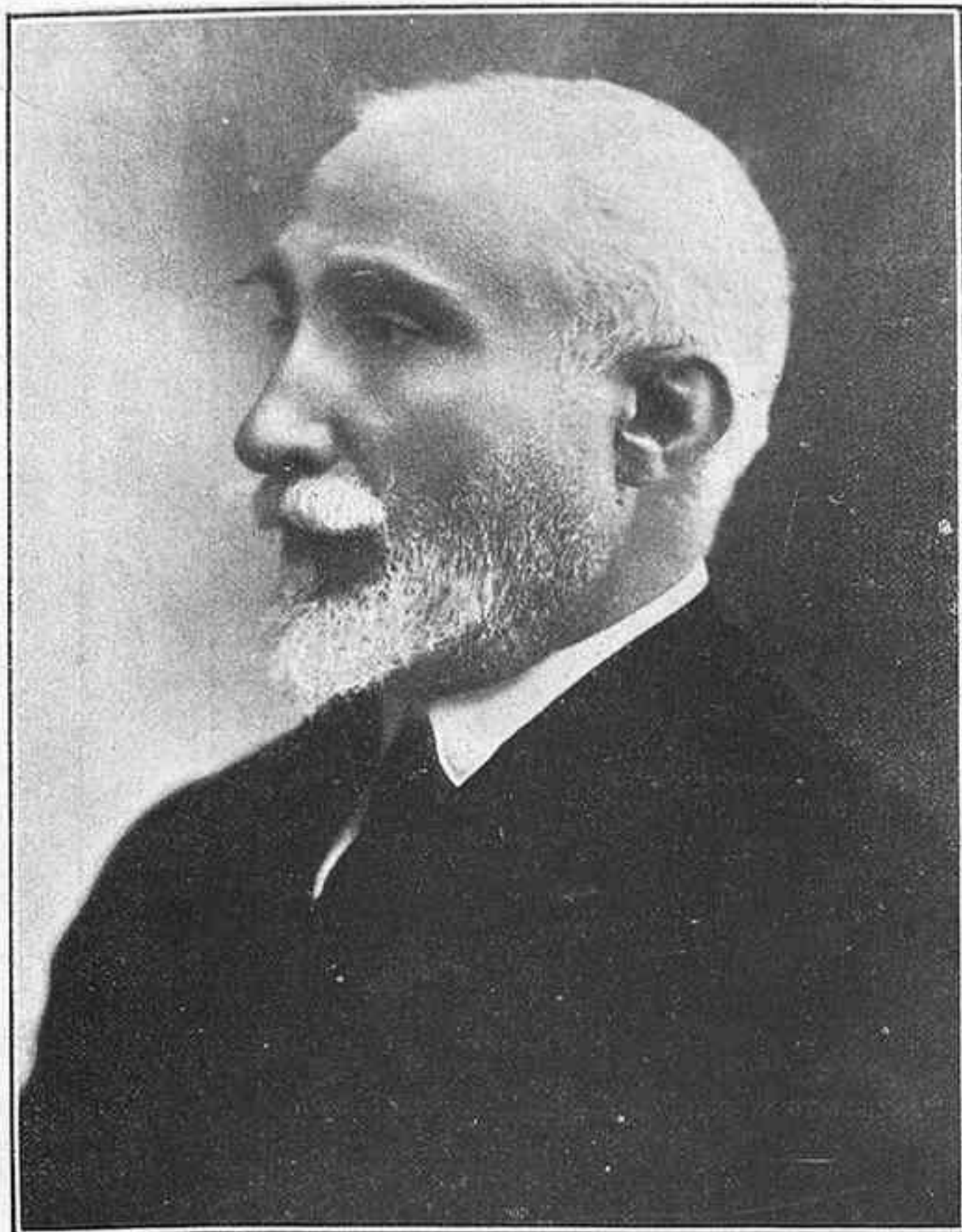
El Sr. Dato en el Fomento del Trabajo Nacional

Visitó luego el Sr. Dato la Cámara de Comercio, el Institut d'Estudis Catalans y el Fomento del Trabajo Nacional. En do y un gran gentío. Al partir el tren el Sr. Dato fué objeto de una ovación calurosa.

MADRID. — CONFERENCIA DEL SR. MAURA EN EL TEATRO REAL. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

Pocos acontecimientos políticos han despertado el interés y la expectación que la conferencia dada en el Teatro Real el día 21 de este mes por el Sr. Maura, como resumen de las que durante el pasado invierno se dieron en el Hotel Ritz organizadas por la Juventud Maurista. Apenas anunciada, de toda España solicitáronse invitaciones para concurrir a la misma

con un desinterés, que sólo son dados a talentos y caracteres excepcionales, que todo, incluso la propia vida, lo posponen al bien y al engrandecimiento de la patria. El discurso del Sr. Maura, interrumpido continuamente por calurosos aplausos, fué acogido al final con una ovación indescriptible que se prolongó larguísimo rato. Con motivo del acto celebrado en el Teatro Real, un diario de Madrid, *La Tribuna*, ha publicado un número extraordinario dedicado a D. Antonio Maura, en el que figuran las opiniones de eminentes políticos sobre el ilustre estadista. Reproduciremos algunas de ellas, y no precisamente las de sus partidarios o afines.



Excmo. Sr. D. Antonio Maura

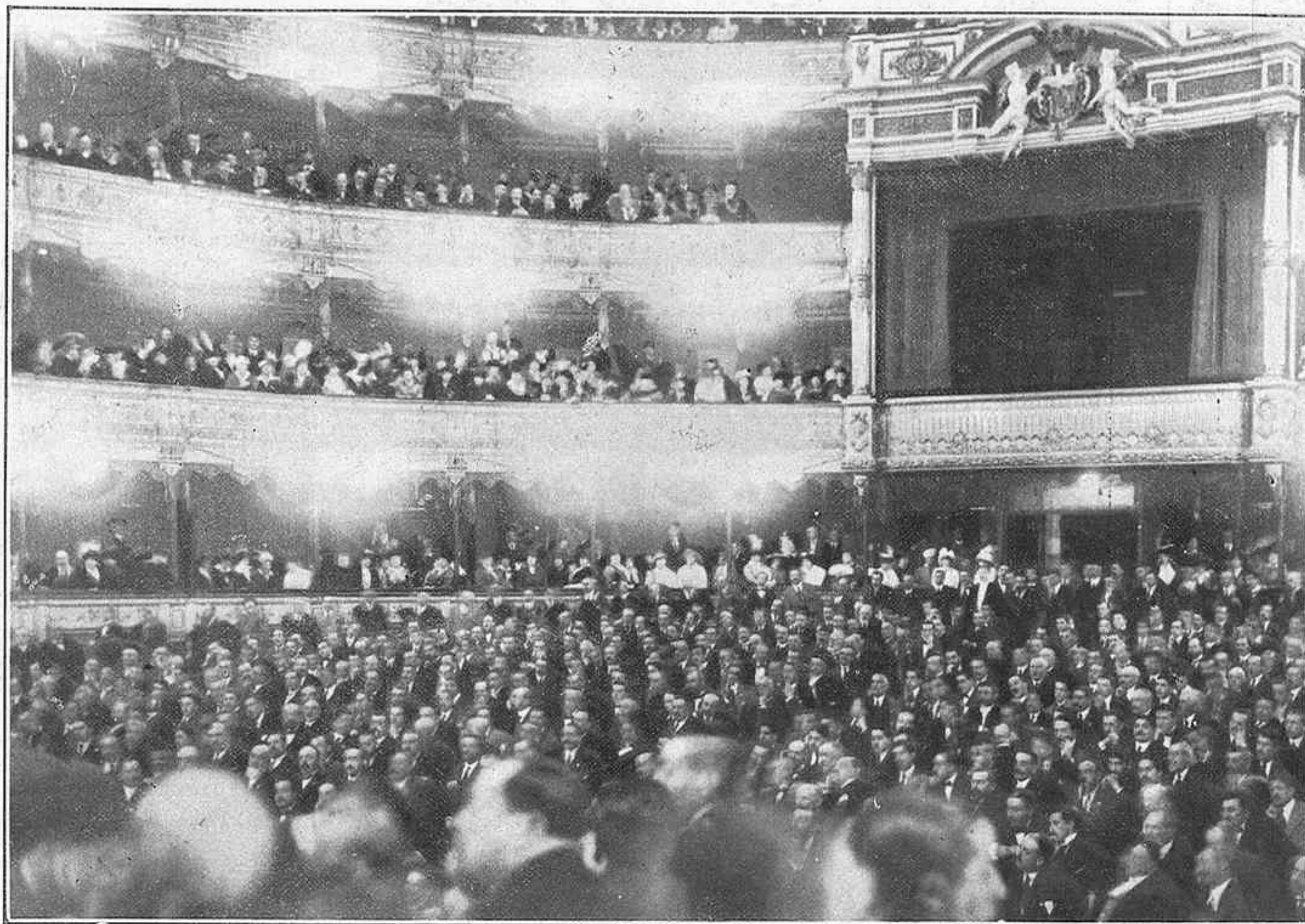
teniendo que verse desatendidos innumerables solicitantes, por ser imposible satisfacer a todos; y llegado el día, acudieron a Madrid comisiones y representaciones de las principales ciudades y poblaciones españolas, muchas de las cuales organizaron para ello trenes especiales.

El aspecto que ofrecían las calles afluentes al Teatro Real desde mucho antes de la hora señalada para comenzar el acto, era animadísimo, y la aglomeración de público extraordinaria; y multitud de vendedores ofrecían a los transeúntes banderas mauristas, botones con el retrato del Sr. Maura y la inscripción «¡Maura, sí!», postales con el retrato del expresidente del Consejo, folletos y otros documentos de propaganda maurista.

El interior de la sala del regio coliseo presentaba un golpe de vista deslumbrador: en los palcos predominaban las señoras elegantemente ataviadas y en las demás localidades así como en los pisos altos no había un solo sitio vacío; hasta en los pasillos de las butacas habíanse colocado sillas. Para los taquígrafos y para la prensa había destinadas seis largas mesas con 150 asientos perpendiculares al escenario; y en éste había también algunos centenares de sillas reservadas a las altas personalidades del partido y a las comisiones y representaciones de provincias. Calcúlase en más de 5.000 el número de concurrentes al acto. Poco antes de comenzar éste, apareció en el palco ocupado por la Junta directiva de la Juventud Maurista la bandera del Centro Maurista aragonés que fué acogida con grandes aplausos.

Al presentarse el Sr. Maura acompañado de la comisión organizadora, estalló una ovación delirante, interminable; los espectadores, puestos de pie, agitaban los sombreros y los pañuelos prorrumpiendo en clamorosos vivas. Por dos veces intentó hablar el Sr. Maura y otras tantas se reprodujo la manifestación más estruendosa todavía. Al fin, restablecido el silencio, pudo el orador comenzar su discurso.

Imposible es dar aquí una idea siquiera de lo que fué aquella oración maravillosa; hacer



Aspecto de la sala del Teatro durante la conferencia. A pesar de las deficiencias de esta fotografía, deficiencias que se justifican por no haberse permitido hacer ninguna fotografía al magnesio, la publicamos por el especial interés que reviste

De D. Miguel de Unamuno: «Si me preguntáis cuál es el hombre más respetado, más admirado, más venerado en España, os diré sin vacilar que lo es Maura. Todo el mundo habla de él con respeto, hasta con admiración y hasta aun más que sus correligionarios políticos sus adversarios; y no es sólo porque ya no se le tema porque los profesionales de la política, los políticos de oficio, le creen descartado para siempre de los consejos de la Corona. ¡No! Es el sentimiento de reverencia que produce un hombre que no pospone ideales y convicciones al mero disfrute del poder.»



La bandera del Centro Maurista aragonés

de ella un ligero extracto sería desvirtuarla y aun profanarla. Y como, además, la prensa diaria de toda España la ha publicado, preferimos, por nuestra parte, limitarnos a decir que todos los grandes problemas de nuestra vida política y nacional, así los interiores como los internacionales, fueron tratados con una alteza de miras, con una serenidad, con un conocimiento,



Público formando cola en una de las puertas del Teatro Real

De D. José Nackers: «Sólo un hombre, tan noble como ése, pudo haberme indultado.»
De D. Pablo Iglesias: «Al repeler a Maura, el régimen ha destruído por su propia mano el más firme baluarte del trono.»

De D. Gumersindo de Azcárate. «En la célebre semana de julio, Maura respetó todos los derechos.»

De D. José Salvatella: «... Tampoco puedo olvidar otra cosa que tiene una condición que no me atreveré a llamar envidiable, pero que, cuando se tiene, puede ostentarse con orgullo ante la opinión pública y ante los enemigos y contradictores: la de haber sellado sus convicciones y su conducta con su propia sangre, y esto en el mundo ha de apreciarse y yo lo aprecio.»

De D. Alejandro Lerroux: «Maura es un hombre de entera buena fe, que se conduce siempre con arreglo a los dictados de su conciencia. Representa una tendencia social, viva, real, palpante, que tiene una existencia indiscutible. Como legislador, tuvo el valor de sus convicciones; como gobernante, de su actuación recordamos las medidas de rigor que se tomaron con las tabernas. Salvados todos los respetos que se deben a las altas mentalidades de Maura y de Azcárate ¿qué otros hombres quedamos que políticamente no podamos llamarnos de tú?»

De D. Francisco Cambó: «En el partido conservador hay un jefe que merece, cual ninguna individualidad política el respeto de cuantos le conocen, el respeto mismo de los que públicamente le injurian; que su patriotismo, su entereza, su valor cívico no han sido discutidos ni han sido desconocidos por nadie. Maura merece el respeto que obtienen siempre las obras honradas, las obras sinceras, la expresión de una abnegación tan grande.»

De D. Emilio Junoy: «Maura, como orador, es un artista; como político, un carácter; en su vida particular, un hombre bueno, la virtud misma, un santo.»
¡Dichosos los hombres públicos de quienes así hablan sus propios adversarios!

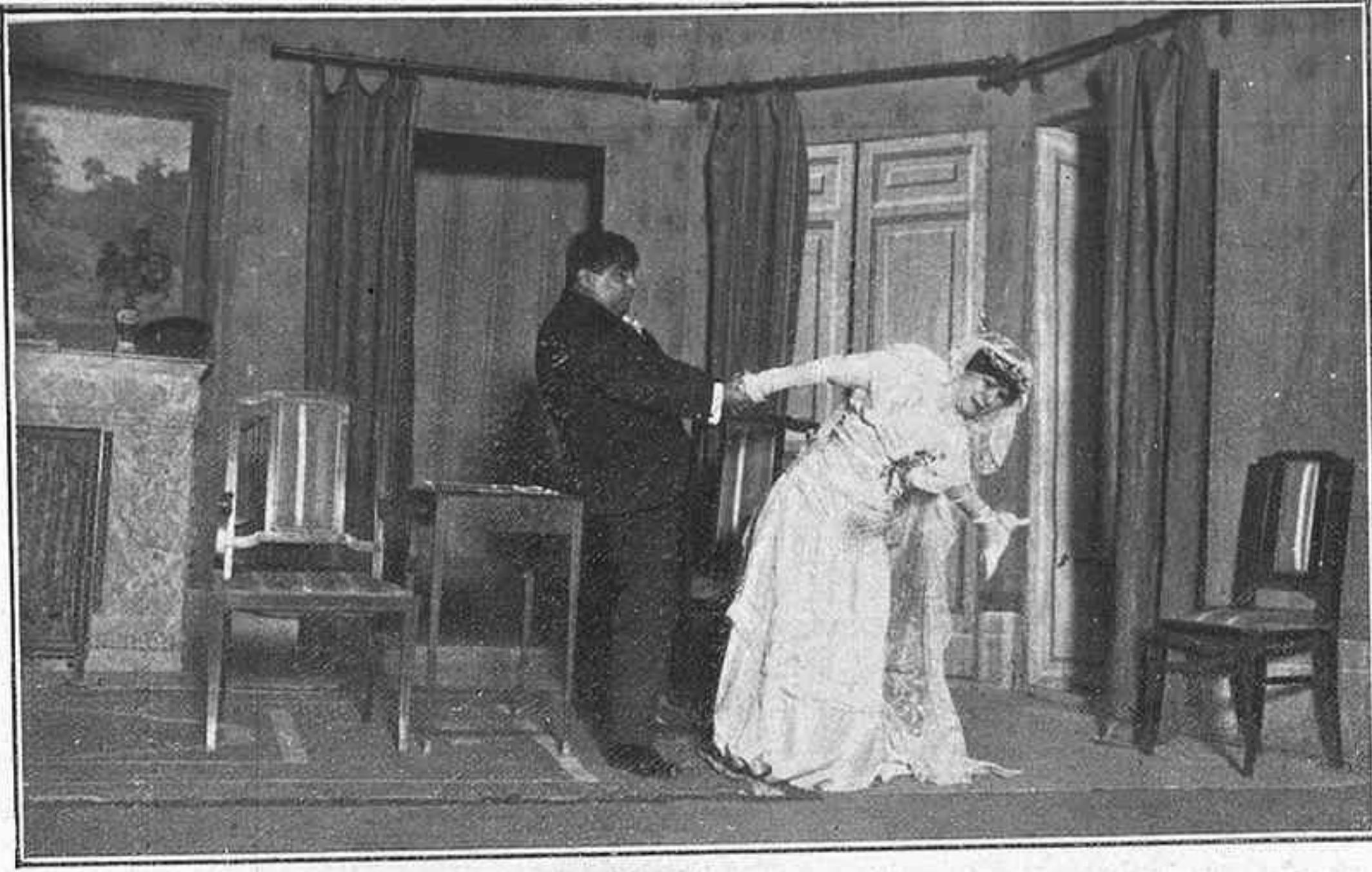


VIERNES SANTO, acuarela de Alejandro Ferrant, propiedad del marqués de Valdelagrama



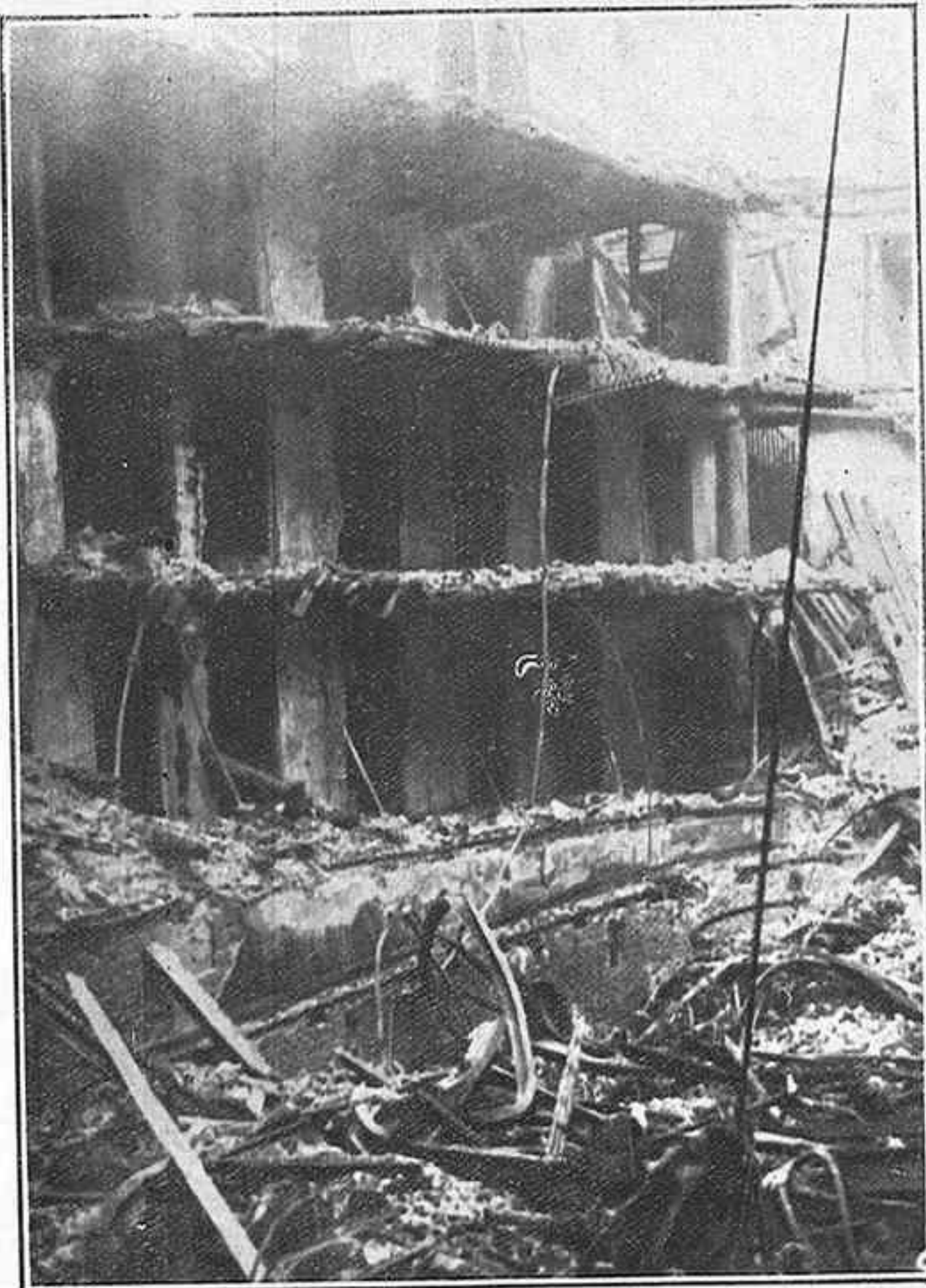
LA ÚLTIMA COMUNIÓN DEL REY FERNANDO EL SANTO, cuadro de Alejandro Ferrant que recientemente ha sido adquirido por el Senado

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Una escena de *La herencia de Gil*, relato escénico en cuatro actos original de D. Antonio Domínguez, estrenado en el Teatro Cómico.

Un voraz incendio ha destruido por completo el Teatro de la Comedia, uno de los más hermosos y aristocráticos coliseos de la corte, por cuyo escenario han desfilado las figuras preeminentes de nuestra escena contemporánea y las más nota-



Incendio del Teatro de la Comedia. - Vista de un lado de la sala de espectáculos después del siniestro

bles compañías extranjeras, y en el que desde un principio y casi sin interrupción se rindió culto al género que le dio nombre.

Apenas advertido el siniestro en las primeras horas de la madrugada del domingo, día 18, comenzaron los trabajos para sofocar el fuego; mas todos los esfuerzos de los Lomberos fueron inútiles y sólo sirvieron para evitar que las llamas se propagasen a los edificios inmediatos; en cuanto al teatro, a las pocas horas de iniciado el incendio quedó convertido en un montón informe de ruinas que ofrecía un aspecto verdaderamente desconsolador.

Las pérdidas han sido de gran consideración; aparte del edificio, ha quedado destruido el *attrezzo*, decorado, guardarropía, etc., que la empresa de D. Tirso Escudero tenía preparados para una próxima excursión a América y cuyo valor no bajaba de cuarenta o cincuenta mil duros. Además, la primera actriz Srta. Pérez de Vargas ha perdido su vestuario de las últimas obras representadas, y siete trajes que había recibido recientemente de París y que debía lucir en la mencionada *tournee* por América.

El Teatro de la Comedia fué construido hace cuarenta años, y estaba elegante y ricamente decorado. El telón de boca, pintado por D. José Vallejo, representaba el templo de la Inmortalidad, y en él se veían los retratos de los principales vates del teatro antiguo español y los de los autores de la primera mitad del siglo XIX. Estrenóse en 1875 con la excelente compañía de Emilio Mario, de la que formaban parte artistas tan notables como María Tubau, Matilde Rodríguez, la Górriz, Julián Romea, Sánchez de León, Rosell, Tamayo y tantos otros, que consti-

tuían un conjunto admirable, pocas veces visto en la escena española. En la Comedia se reveló, haciendo papeles de ingenua, la que después ha sido actriz incomparable, María Guerrero; en él diéronse también a conocer al gran público otros actores y actrices que luego han sido gloria de nuestro teatro; y en él dió una serie de funciones, hace bastantes años, nuestra notabilísima compañía catalana del Teatro Romea.

Entre las celebridades extranjeras que, como antes decimos, desfilaron por aquel escenario, figuraron la Marini, la Duse, la Vitaliani, la Mariani, Lidia Borelli, la Grammatica, la Rejane, Marta Regnier, Georgette Le Blanc, Rossi, Novelli, Zacconi, Sainati y otros.

La herencia de Gil, estrenada en el Teatro Cómico y que su autor, D. Antonio Domínguez, califica de «relato escénico», es un verdadero melodrama con todos los elementos propios de este género. Hay en esta obra un testamento falso que convierte en rica heredera a una muchacha pobre, recogida por caridad por una modesta familia; un rapto, una escapatoria en automóvil, fechorías de bandidos, una boda simulada, etc., etc., todo ello terminado con el castigo de los culpables y el triunfo de los buenos. El argumento, de todos modos, es interesante y la acción está conducida con habilidad, resultando un conjunto entretenido y pintoresco. Loreto Prado, encargada del papel de protagonista, hace las delicias del público, muy bien secundada por las señoras Castellanos y Martín, señorita Borda, y señores Chicote, Ripoll, Castro y Ponzano.

Los Sres. Pacheco y Renovales, autores de la comedia lírica en dos actos *Amores de aldea*, han escrito un libro interesante y muy hábilmente trazado, cuidando mucho de que el compositor encontrase en él ambiente y situaciones en que desplegar su inspiración y sus conocimientos técnicos. Los maestros Luna y Soutullo han sabido utilizar estos elementos componiendo una partitura verdaderamente notable, en la que sobresalen el coral y el concertante final del primer acto, y un dúo de barítono y tiple del segundo, bellamente inspirado y de irreprochable técnica. En la interpretación sobresalen las señoritas Leonis, Iglesias y Nadal, y los señores Parera, Meana y Marcén. La obra ha sido puesta en escena con gran lujo, habiéndose estrenado cinco magníficas decoraciones del Sr. Martínez Garí.

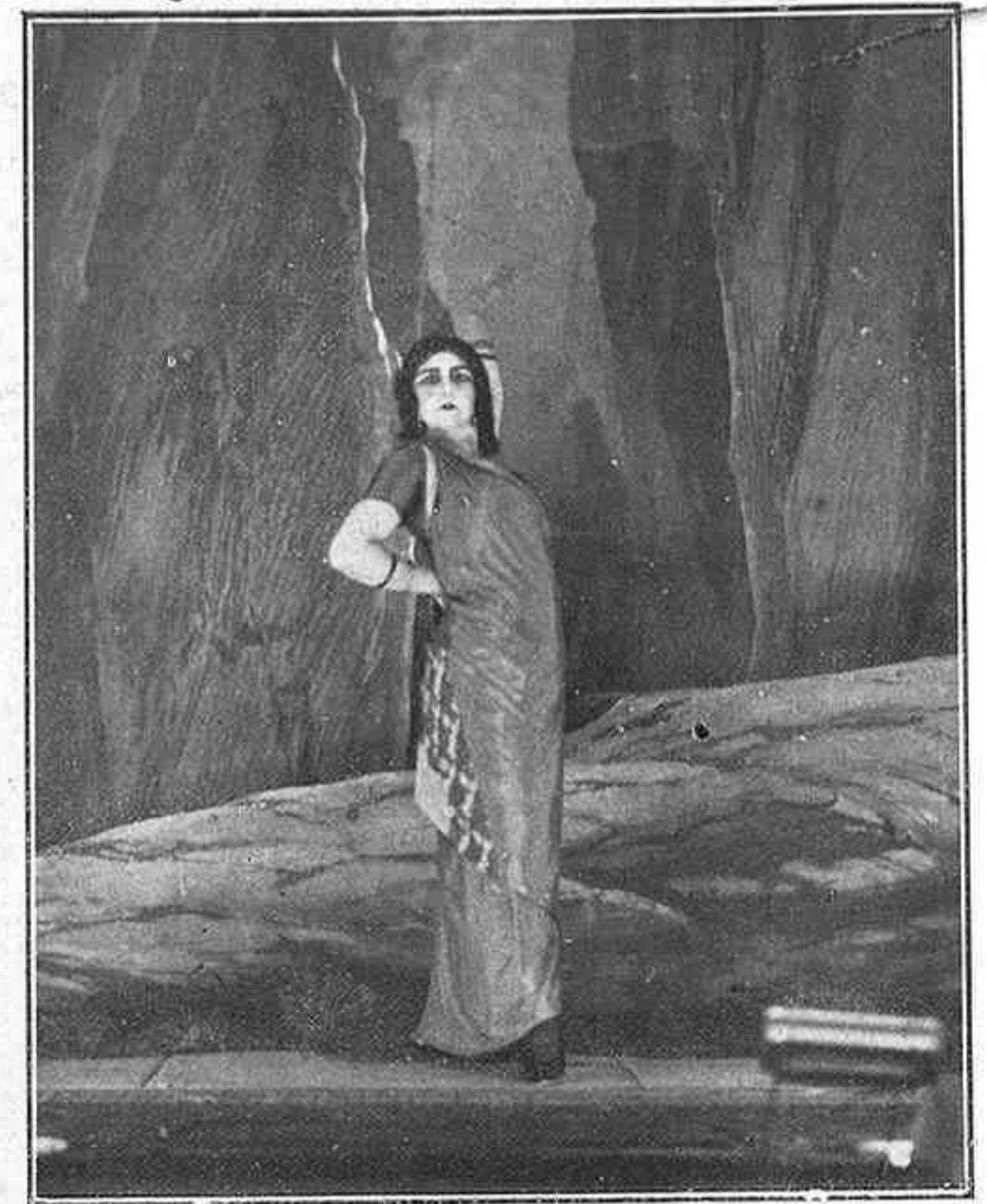
El Sr. Soutullo, novel compositor, que por primera vez ha presentado una obra teatral, ha estudiado en París, como pensionado de la Real Academia de San Fernando, y más tarde en Italia y Alemania, pensionado por el Ayuntamiento de Vigo.



Una escena de *Amores de aldea*, comedia lírica en dos actos, letra de los Sres. Pacheco y Renovales, música de los maestros Luna y Soutullo, estrenada en el Teatro de la Zarzuela

Cuantos conocen lo que hasta ahora ha compuesto el señor Soutullo le auguran una carrera en extremo brillante.

El amor brujo, estrenado en el Teatro Lara, es una serie de danzas y canciones en las cuales han procurado los autores de la obra conservar el carácter de la raza gitano-andaluza



Pastora Imperio en *El amor brujo*, gitanería en dos cuadros, letra de Martínez Sierra y música del maestro Falla, estrenada en el Teatro de Lara.

con todas sus extrañas sonoridades y sus ritmos peculiarísimos, y resulta una obra en extremo pintoresca y verdaderamente sugestionadora, en la que se compenetran íntimamente el poeta, el músico y el artista para formar un conjunto tan bello como original. Los versos de Martínez Sierra tienen un aroma popular encantador; la música del maestro Falla es castizamente andaluza, mejor dicho, gitana; y el decorado, de Nestor, es de un efecto pictórico imponderable.

Esta obra, que sus autores denominan «gitanería», se sale enteramente de los moldes teatrales comunes, y ha sido hecha expresamente para la celebrada bailarina y cantadora Pastora Imperio, la cual luce en ella en todo su esplendor, las gracias y las habilidades que le han conquistado la popularidad de que disfruta y los aplausos que el público le ha prodigado, proclamándola como estrella en materia de danzas gitanas.

Organizada por la Sección de Literatura, se ha celebrado en el Ateneo una interesante velada con el nombre de Fiesta de la Danza, en la que tomaron parte literatos, músicos y bailarinas. Comenzó con la lectura de un admirable trabajo de Martínez Sierra, en el que el celebrado novelista y aplaudido autor dramático hacía un bellísimo elogio de la danza.

El notable pianista D. José Cubiles ejecutó con gran maestría la *Gavota* en *mi* mayor de Bach-Saint-Saens, el *Vals* en *domen* número 7 de Chopín y la obra *Castilla* de Albéniz.

Seguidamente distinguidos poetas leyeron inspiradas composiciones de Luis de Terán, Antonio Gullón, Llovet, Manuel Machado, Enrique Amado, Cipriano Rivas y Díaz Canejo, dedicadas todas ellas a ensalzar la belleza y las excepcionales aptitudes de la célebre bailarina conocida con el sobrenombre de la *Argentina*, maestra de las danzas típicas españolas.

A continuación la *Argentina*, acompañada a la guitarra por el Sr. Ballester, bailó con gracia incomparable varios tangos, *soñares* y alegrías que entusiasmaron a los concurrentes, quienes le tributaron una ovación ruidosa.

En la segunda parte, el notable quinteto que dirige el maestro Barbero ejecutó primorosamente *Amanecer* y *La danza de Anitra*, de Grieg, y se leyeron poesías de Rubén Darío, Fernández Ardavín y Pérez de Ayala.

Por último, la celebrada bailarina belga Felyne Verbist ejecutó algunas de sus primorosas danzas, que tantos aplausos le han valido en el Teatro de la Comedia.



La Argentina y la bailarina belga Mlle. Felyne Verbist en la Fiesta de la Danza celebrada en el Ateneo de Madrid

interesante velada con el nombre de Fiesta de la Danza, en la que tomaron parte literatos, músicos y bailarinas.

Comenzó con la lectura de un admirable trabajo de Martínez Sierra, en el que el celebrado novelista y aplaudido autor dramático hacía un bellísimo elogio de la danza.

El notable pianista D. José Cubiles ejecutó con gran maestría la *Gavota* en *mi* mayor de Bach-Saint-Saens, el *Vals* en *domen* número 7 de Chopín y la obra *Castilla* de Albéniz.

Seguidamente distinguidos poetas leyeron inspiradas composiciones de Luis de Terán, Antonio Gullón, Llovet, Manuel Machado, Enrique Amado, Cipriano Rivas y Díaz Canejo, dedicadas todas ellas a ensalzar la belleza y las excepcionales aptitudes de la célebre bailarina conocida con el sobrenombre de la *Argentina*, maestra de las danzas típicas españolas.

A continuación la *Argentina*, acompañada a la guitarra por el Sr. Ballester, bailó con gracia incomparable varios tangos, *soñares* y alegrías que entusiasmaron a los concurrentes, quienes le tributaron una ovación ruidosa.

En la segunda parte, el notable quinteto que dirige el maestro Barbero ejecutó primorosamente *Amanecer* y *La danza de Anitra*, de Grieg, y se leyeron poesías de Rubén Darío, Fernández Ardavín y Pérez de Ayala.

Por último, la celebrada bailarina belga Felyne Verbist ejecutó algunas de sus primorosas danzas, que tantos aplausos le han valido en el Teatro de la Comedia.

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)



- ¿Estaba esto así cuando te lo entregaron?

Así los tenía cuando los contristados pescadores la separaron del cuerpo de su esposo, y así estarían hasta que se cerraran en el eterno sueño de la muerte. ¡Qué horribles momentos!... ¡Aun llenan de angustia mi corazón!

El cadáver de mi padre estaba en la habitación

de abajo, y junto a él permanecían para velarle la dueña de la posada del Lugre y mi tío Loveday, quien de vez en cuando subía a nuestra habitación sin hacer ruido, para ver cómo seguía mi madre. En toda la casa no se percibía más rumor que el monótono *tic-tac* de reloj, que parecía marcar los pasos

del ángel de la muerte, cada vez más próximos. Dos veces se entreabieron los labios de mi madre para hablar, y otras tantas me incliné para escuchar qué diría, mas no percibí sonido alguno.

Al contemplar su rostro, que parecía de cera, agolpáronse en mi mente los más dulces recuerdos. Pa-

reciome estar otra vez sentado junto a ella frente al hogar, leyendo mis libros; pensé en aquellos magníficos días de verano en que contemplábamos las puestas de sol, observando el mar con la esperanza de divisar algún buque; y creí estar con ella otra vez en la iglesia de Polkimbra, elevando nuestras oraciones al Señor para que protegiera al que tanto amábamos. ¡Ah!, ¡todo esto había concluido para siempre!...

El tío Loveday entró en la habitación, de puntillas, contempló a mi madre un momento, y volviéndose hacia mí me preguntó:

— ¿Ha dicho algo?

— No.

Mi tío se volvía ya para retirarse, cuando los labios de la enferma se entreabrieron de nuevo, y esta vez habló.

— ¡Ya viene, ya viene!, dijo en voz baja. ¡Silencio! ¿No oís sus pasos?

Los ojos de mi madre revelaban la ansiedad y la esperanza; y me incliné sobre ella para oír mejor su voz.

— ¡Ya llega... lo sé... escucha! ¡Oh esposo mío, ven pronto, ven pronto!...

¡Ay de mí, pobre madre mía! ¡Los pasos que tú has creído escuchar no resonarán más en la casa, porque aquel a quien esperas se halla ya a las puertas del cielo!

— ¡Está aquí!, murmuró mi madre. ¡Oh esposo querido, al fin has llegado!

Al pronunciar estas últimas palabras, la moribunda se incorporó en el lecho; después, extendiendo los brazos, con el rostro radiante, fijó en mí una mirada, volvió a dejarse caer, y su alma se remontó al cielo.

Después de calmado el primer trastorno producido por el dolor y la desesperación, mi tío Loveday me acostó; y tal era la fatiga y la agitación ocasionadas por tan violentas emociones y profundos disgustos, que al fin pude conciliar el sueño.

Eran ya las diez de la mañana cuando me desperté, y vi a mi tío sentado junto al lecho. Otro sol brillaba; el día estaba magnífico, y todo a mi alrededor parecía tan tranquilo y feliz, que mi primer impulso fué saltar de la cama y correr, según mi costumbre, a la habitación de mi madre; pero al ver a mi tío Loveday, representóseme toda la horrible verdad, y cerré los ojos dejando escapar un gemido.

Mi tío, que me observaba atentamente, inclinóse sobre la cabecera del lecho y tomó mi mano.

— ¿Estás mejor, Jasper?, me preguntó.

Hice un esfuerzo para calmarme y contesté afirmativamente.

— Vamos, añadió mi tío, veo que eres un muchacho de valor, y te he preguntado cómo estabas porque debo decirte una cosa que te interesa. Ya sabes, Jasper, que yo soy médico y hombre de experiencia, y como tal te digo, aunque tú no puedas ser aún muy filósofo, que es preciso poner término a nuestro dolor cuando una desgracia no tiene remedio. Dios sabe que ya tienes harta tristeza en el corazón; pero será forzoso decirte algo que debe acrecentarla; y si tú eres el muchacho que yo pienso, mejor será que lo sepas de una vez.

Preguntándome qué otro golpe podría recibir más doloroso aun, incorporéme en el lecho y miré a mi tío con inquietud.

— Tú crees sin duda, Jasper, me dijo, que tu padre murió ahogado... ¿no es verdad?

— Es claro.

— Pues no fué así.

— ¡Cómo!... ¿No murió ahogado?

— No, Jasper... le asesinaron.

Al oír estas palabras, pronunciadas con lentitud y expresión solemne, mi primera impresión fué una profunda sorpresa, pero de pronto asaltóme una idea y adiviné toda la verdad. Entonces pude explicarme el efecto que mi nombre producía en los dos desconocidos; he aquí por qué cuando estaba sentado en la «Roca del Hombre muerto» los ojos de Juan Railton evitaban los míos; he aquí por qué aquel otro demonio me sacudió con tanta violencia en la ensenada.

Las pocas palabras de mi tío rasgaban el velo que en los dos últimos días me impidió ver; y así es que casi adiviné la contestación al preguntar:

— ¡Asesinado! ¿Cómo?

— De una cuchillada.

Ya lo sabía, pues recordé la vaina vacía que Rhodojani llevaba pendiente del cinto, y también las palabras de Railton: «Capitán, fué el cuchillo de usted.» No podía dudar, pues, que aquel hombre era el asesino de mi padre, y al convencerme de ello, el terror que antes me inspiraba se desvaneció. Sentí

nacer en mi alma un sentimiento de odio; en aquel momento era impotente; pero tal vez llegara un día en que alguien debería temerle. Ya sabía que el hombre que se llamaba Georgio Rhodojani era culpable por lo menos de una muerte, pues yo mismo presencié el crimen; había asesinado a mi padre también, y era igualmente la causa de que yo hubiese perdido mi madre. De todo esto debería pedirle estrecha cuenta cuando llegase el día.

— Sí, de una cuchillada, repitió mi tío, y le atravesaron el corazón, hiriéndole por la espalda. Yo encontré la hoja del arma al examinar el cuerpo de tu desgraciado padre; estaba rota junto a la empuñadura, y quedó en la herida, de la cual apenas debió manar sangre. Seguramente la muerte fué instantánea, no tengo la menor duda. ¡Qué misterioso me parece este crimen, y qué extraña esa hoja de acero!

Mi tío la tenía en la mano y la tomé para examinarla; medía poco más de cuatro pulgadas de longitud, tenía la punta muy aguda, y junto al mango veíanse curiosos dibujos; un lado de la hoja era completamente liso, y en el otro, hacia el centro, leíase, en medio de un dibujo que representaba frutos y flores, la palabra *Ricordati*.

— ¿Qué significa esta palabra?, pregunté a mi tío al devolverle la hoja.

Mi voz era tan serena y firme, que mi tío me miró un momento con asombro antes de contestar.

— Eso no es latín, Jasper, aunque se le parece. Yo creo que esa palabra significa «Acuérdate», «Recuerda», o algo por el estilo.

— ¡Acuérdate!, repetí. Así lo haré, tío; tan cierto como mi padre ha sido asesinado, no lo olvidaré jamás hasta que llegue la hora de vengar su muerte.

Extrañas eran tales palabras en boca de un muchacho como yo, y por eso mi tío me miró otra vez con sorpresa; pero sin duda creyó que hablaba así bajo la impresión de mi dolor y no contestó.

— ¿Ha dicho usted algo de esto a cualquiera otra persona?, pregunté después de una pausa.

— No he visto a nadie. Sin duda se abrirá otra información; pero en este caso, a nada conducirá, pues supongo que nada se sabe del hombre que se presentó como testigo. Éste hizo una declaración inverosímil, más sospechosa ahora que antes. ¡Dios me valga!, exclamó de repente mi tío, nunca se me ocurrió a mí antes que tu padre debía embarcarse en el *Buena Fortuna*, y que aquel testigo dijo que el buque se llamaba *Jaime e Isabel*.

— Sí, era el *Buena Fortuna*, y por lo tanto el testigo mintió.

— Supongo que así es.

— Yo sé que sí.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque el *Jaime e Isabel* está anclado ahora en la bahía de Falmouth, y su capitán ha ido a Polkimbra.

Y seguidamente dije a mi tío cómo había encontrado al capitán Antonio Merrydew; y como mi corazón necesitaba desahogarse en el seno de la confianza, también referí toda la historia de mi encuentro con Juan Railton, y la tremenda lucha en la roca. Sin omitir el menor detalle, le hablé también del paquete y de la carta que el desconocido me entregó, y dije que lo guardaba oculto en el establo.

Mi tío, mudo de asombro, abrió los ojos desmesuradamente; pero yo terminé mi narración con toda tranquilidad, y tan sereno, que el doctor no pudo dudar de mi sano juicio y de la veracidad de mis palabras.

Cuando al fin concluí, siguióse una larga pausa.

— Es una historia muy extraña, dijo al fin mi tío, con voz lenta, y como abismado en sus pensamientos; sí, es verdaderamente extraña, y en toda mi vida había oído otra semejante. Por lo pronto, es preciso apoderarse de ese hombre, que no debe hallarse muy lejos, si es verdad, como tú dices, que anteanoche estaba en Lantrig. Yo supongo que ya le buscan en Polkimbra, puesto que ya se tendrá conocimiento de la declaración del capitán; mas para mayor seguridad enviaré allí a Joe Roscorla. Y ahora, Jasper, voy a buscar mi pipa, pues aunque no soy muy aficionado al tabaco, sé que fumando se concentran mejor los pensamientos, y lo que me has dicho exige una detenida reflexión. Entretanto puedes vestirme si te sientes mejor; después irás al cobertizo para coger el paquete, y lo examinaremos todo cuando yo acabe de fumar. ¡Vamos, repito que la historia es extraña, y hasta maravillosa... extraña, extraña!

Así diciendo mi tío bajó al piso inferior, dejándome solo para que me vistiese.

Pocos momentos después bajé a mi vez, corrí al establo, derribé con mano febril los ladrillos que antes había colocado, y saqué el paquete de su escondite.

Un rayo de luz, penetrando por la puerta entor-

nada, se reflejó en la chapa de metal, y vi que todo estaba completo.

Ocultando mi tesoro corrí a la casa y encontré a la dueña de la posada del Lugre, o, llamándola por su nombre, a la señora Busvargus, muy afanada en preparar la comida.

Yo sabía muy bien que hasta después de comer mi tío no se ocuparía de nada. En aquel momento estaba sentado a la puerta del jardín, fumando tranquilamente, y el humo de su pipa, elevándose en espirales, penetraba en la casa, llenándola de agradable aroma.

Volví a subir a mi cuarto, y después me acerqué a la puerta de la habitación de mi madre, donde entré respetuosamente, sin ver al pronto bien los objetos, porque estaba a media luz.

Allí habían amortajado a los difuntos, y los dos yacían en el lecho mortuorio uno junto a otro, durmiendo en paz el eterno sueño de la muerte, como si ninguna perversidad hubiera cortado el hilo de sus vidas: ahora podía mirarlos con calma.

Mi padre me había dejado una herencia... muy distinta de la que él había ido a buscar; pero yo debía aceptarla.

Si él hubiera sabido, en el cielo, a qué me obligaba aquella herencia ¿no me habría dado algún aviso, al besar su yerta mano, para hacerme desistir? Y al inclinarme sobre mis desgraciados padres para darles el último adiós, ¿no habría yo renunciado al deber que me imponía el mudo juramento de mi corazón? No lo sé. Los labios de aquellos dos seres que tanto amaba permanecían silenciosos, y solamente los muertos pueden penetrar en el futuro.

Mi tío Loveday estaba ya sentado a la mesa cuando yo bajé; pero ni él ni yo teníamos la menor gana; en cambio la señora Busvargus no había perdido el apetito, porque estaba acostumbrada a tales escenas, y no le producía mucha emoción la muerte. Comió, pues, por nosotros dos, y después de servir los postres volvió a la cocina para freagar los platos.

Una vez solos mi tío y yo, permanecimos silenciosos largo rato, y al fin aquél, después de fijar un rato la vista en las vigas del techo, como para hacer sus últimas reflexiones, volvióse hacia mí.

— ¿Tienes el paquete?, me preguntó.

Por toda contestación se lo entregué sin decir palabra.

Mi tío extendió sobre la mesa su pañuelo de cuadros, y ocupóse después en aflojar la correa que sujetaba la caja, dejando a un lado la chapa y la carta.

— ¿Estaba esto así cuando te lo entregaron?, me preguntó.

— No; me dieron la carta separadamente, y yo la introduje bajo la correa para que no se me perdiese.

— Yo creo, observó mi tío ajustándose los anteojos y desdoblado el papel, que esta carta es ilegible, o poco menos. Sin duda estaba empapada en agua de mar, y presumo que algo se habrá borrado. Acércate y veamos si tus ojos jóvenes pueden ayudarme a descifrar el escrito.

Los dos nos inclinamos sobre la carta, cuya escritura era evidentemente de mano femenina, con caracteres tan toscos y mal formados que se hacía difícil leerlos, tanto más cuanto que los tachones y rasgos menudeaban; mientras que en algunas palabras habíase corrido la tinta de tal modo, que eran ilegibles.

Con gran dificultad pues, y no sin hacer frecuentes pruebas, pudimos deletrear en la carta lo siguiente:

«Casa de la Bien...da, Barbican, Plymouth.

»Mi muy querido Jacobo: Espero que al recibir la presente disfrutarás de tan buena salud como lo es la mía ahora. Quiero decirte que espero que este viaje... con Simón de compañero, que es un *buen Amigo*, aunque como tú sabes muy bien, yo no creí... *cortejándome*. Pero todo ha sido para bien, porque... bebida... y yo ruego a Dios que venga mejor tiempo. El comercio es muy pobre y no sé... La Juanita se hace *famosa* en sus estudios, y ya sabe llevar los Libros, con mucho ahorro... viene a menudo y se sienta en la sala. Dice que como te ha ido *bien...* la *Ola*; pero dudas de Simón, y yo digo que haces mal porque él fué quien aconsejó... la *trama*, condenando la bebida... Juana es muy aficionada a los Libros, y dice que *te enseñará a escribir* cuando vuelvas, lo cual será un gran *Consuelo*, porque estar tanto tiempo, y nunca una palabra. Yo hago maravillas bajo su enseñanza, y creo que también la recibirás tú... Simón para escribirte... que es un escolar, naturalmente... en la oficina... de modo que extraño lo dejara, por haberse aficionado al mar... sea cosa de

vosotros dos... Se me olvidaba decir... muy extraño cuando se marchó... y la prisa con que se fué... me parece singular hablarte tan naturalmente... la distancia. Y nada más por ahora de tu mujer, que te quiere,

LUCÍA RAILTON.

P. D. El dinero muy escaso. Quisiera que pudieses...»

Esto era todo, y a mi modo de ver, muy poca cosa para arrojar alguna luz en el problema que se nos enunciaba. El tío Loveday leyó la carta tres o cuatro veces, doblóla después y me miró por encima de sus anteojos.

— Tú dices que ese bandido, llamado Rhodojani, hablaba inglés.

— Sí, tío, tan bien como yo; él y el otro conversaron en este idioma.

— ¡Hum! ¿Y dices que citó el nombre de una tal Juanita?

— Sí, habló algo sobre esa Juanita, y dijo «que no encontraba marido»; pero en el mismo instante Juan Railton le cogió por el cuello.

— Entonces, me parece claro como la luz del día que ese hombre se llama Simón y no Jorge, o Georgio. También apostaría los botones de mi casaca a que tanto es su apellido Rhodojani como el mío Matusalén.

Mi tío se interrumpió un instante, absorto en sus pensamientos, y después continuó:

— Esa Lucía Railton es la mujer de Juan Railton, y tiene una especie de taberna que se titula «Casa de la Bienvenida», en el barrio de Barbican, en Plymouth. Simón, es decir Rhodojani, estaba enamorado de Lucía Railton, y su conducta, según ella dice, fué muy extraña antes de marchar; pero pretendía ser amigo de Juan Railton, y por lo que tú dices, debía tener una asombrosa influencia sobre aquel desgraciado. Por esta carta sabemos, prosiguió mi tío, después de consultarla de nuevo, que Simón era «escolar», y veo aquí la palabra «oficina», lo cual me hace creer que era escribiente de alguna especie, que después se embarcó con algún fin particular, induciendo a Railton a ir con él, tal vez para que le ayudara en alguna empresa. De todos modos, parece que era ya tiempo de que Railton fuese a una parte u otra, pues además de la referencia que se hace a la bebida, y que conviene con las frases pronunciadas por Simón en la «Roca del Hombre muerto», encontramos aquí también la ominosa palabra *trama*, de todo lo cual deduzco, amiguito Jasper, que esto no carece de significación.

El tío Loveday parecía muy orgulloso de su penetración, y satisfacíale que yo le admirase; hizo un movimiento con la mano como para intimarme que le escuchara, y prosiguió.

— Según he dicho, Jasper, ese hombre debió tener algún objeto al dejar la oficina, o lo que fuese, para embarcarse; tal vez fuera algún maligno propósito, y por lo que sabemos, hay motivo para creer en una perfidia. La cuestión se reduce ahora a saber de qué se trataba. Tú dices que en la «Roca» Simón acusó a Juan Railton de tener en su posesión cierto testamento. Tu padre salió de Inglaterra llevando otro, y esta coincidencia me parece curiosísima; pero no sé cómo hemos de relacionarla con el hecho de que ese Simón se aficionara tan de repente al mar, pues debes de comprender que él no sabía nada del testamento de Amós Trenoweth.

— Usted y mi tía son los únicos que lo saben, repuse yo.

— Precisamente. Y tu padre, que no era tonto, no habrá ido seguramente a publicar su secreto por las calles de Plymouth cuando se embarcó. No obstante, repito que el hecho es muy curioso. Tu padre se embarcó en aquel puerto, y los dos bribones también; esto no tiene en sí nada de extraño, pues centenares de personas se embarcan todos los días, y nada tenemos que nos indique cuándo lo hicieron Simón y Juan...; tal vez marcharan antes que tu padre... Pero acércate, Jasper, y dime qué deduces de esto...

Me incliné sobre la carta, mirando la línea que el dedo de mi tío señalaba, en la cual leí: «Dice que como te ha ido *bien... Ola.*»

— ¿Y bien, tío?

— Vamos, muchacho, ¿cómo interpretas eso?

— Yo no puedo sacar nada en limpio.

— ¿No? ¿Ves aquí la palabra *Ola* aislada?

— Sí.

— Pues bien: ¿cómo se llamaba el buque en que tu padre se embarcó.

— El *Ola de Oro*.

— Eso es, el *Ola de Oro*. ¿No comprendes nada todavía?

Mi tío se apoyó en el respaldo de su sillón, y mi-

róme con la expresión del que ha jugado su carta principal y observa qué efecto producirá. Sin duda estaba poseído de su habilidad para descifrar jeroglíficos, y complacióle mi cándida admiración; pero después de esperar algún tiempo mi respuesta, añadió:

— Por supuesto, yo podría equivocarme; pero todo esto es muy curioso, y me parece que no me engaño al indicar lo que demuestra. En primer lugar, prueba que esos dos bribones, pues no cabe duda que ambos lo son, a pesar de la melancolía de Juan Railton, se embarcaron con tu padre. Acompañan a éste en su viaje de regreso, naufragan, y encuéntrase el cuerpo del pobre Ezequiel, que ha muerto asesinado. Las pruebas no son evidentes, pero se debe fijar en ellas la atención. Ahora bien, si se pudiese demostrar que esos dos infames conocían el propósito de tu padre al embarcarse éste, o antes, tendríamos un dato que nos ayudaría mucho; y en mi concepto, esa carta prueba que alguna maldad los indujo a emprender el viaje. ¿Qué opinas tú?

Mi tío Loveday escupió, como para tener más expedita la lengua, y miróme con cierta expresión de orgullo profesional, como hombre satisfecho de su diagnóstico.

Siguiéronse algunos instantes de silencio, interrumpido tan sólo por el ruido de los platos que la señora Busvargus fregaba en la cocina.

— Vamos, Jasper, dijo al fin mi tío ¿qué piensas?

— Que lo mejor que podríamos hacer, repuse yo, es examinar lo que contiene la caja de estaño.

— ¡Dios me valga, exclamó mi tío, ya lo había olvidado! Ahora, por lo menos, has tenido una buena idea.

La caja medía unas seis pulgadas de longitud por cuatro de anchura y otras tantas de profundidad; estaba oxidada por el agua del mar, pero la tapa se ajustaba perfectamente con un agarradero.

Mi tío Loveday pudo levantarla por fin, no sin alguna dificultad, y en el interior vimos un rollo de papeles muy bien atados, que no habían sufrido el menor deterioro. El doctor los cogió, desdoblándolos después para extenderlos sobre la mesa.

Apenas fijó la vista en ellos, dejó caer sus brazos, y apoyóse en el respaldo de su sillón, poseído del mayor asombro.

— ¡Santo Dios!, exclamó.

— ¿Qué hay?

— ¡Es la escritura de tu padre!

Miré aquel mudo y último testigo, salvado del mar casi milagrosamente, y leí:

«Diario de Ezequiel Trenoweth, de Lantrig.»

VIII

CONTIENE LA PRIMERA PARTE DEL DIARIO DE MI PADRE, DANDO CUENTA DE SU ENTREVISTA CON EL SEÑOR ELIHU SANDERSON, DE BOMBAY.

En efecto, era el *Diario* de mi padre, tan milagrosamente conservado; y mientras examinábamos aquel testigo inanimado, no dudo que ambos reconocimos en el fondo de nuestros corazones la sabiduría de la Providencia.

Hacia poco más de veinticuatro horas que el cadáver de mi padre había sido depositado en su casa, y ahora su voz llegaba hasta allí desde el otro mundo para revelar el misterio de su muerte.

Transcurrieron algunos minutos antes que mi tío Loveday pudiese recobrar de su sorpresa y hallar voz para leer el primer manuscrito, que nos dió a conocer, en el sencillo lenguaje de mi padre, no embellecido con escogidas frases, la sorprendente historia que transcribo a continuación:

«Mayo 23, 1848. — En cumplimiento de las instrucciones consignadas en el testamento de mi padre, fui a ver al señor Elihu Sanderson, de la Compañía de la India, en su oficina principal de Bombay, y habiendo recibido de su mano una comunicación algo singular, escrita por mi padre, juzgué oportuno adicionarla con algunos apuntes y con los datos más importantes sobre mi viaje, no tan sólo para refrescar mi propia memoria después, en el caso de que me fuera dado acabar mis días tranquilamente en Lantrig, sino impulsado también por ciertas extrañas indicaciones que encontré en la citada comunicación. Aunque yo no veo en ellas motivo alguno de temor, parece, no obstante, que señalan algún grave peligro, corporal o espiritual; y por lo tanto es mi deber, puesto que dejé en mi casa esposa e hijo, los dos seres que más amo en este mundo, adoptar alguna medida para que en caso de una desgracia o desastre llegue a sus manos, si la Divina Providencia lo permite, algún informe que pueda indicarles cuál ha sido mi suerte. Siento mucho no haber comenzado mi diario desde un principio; pero

en cuanto puedo juzgar, mi viaje ha sido hasta aquí próspero, sin el menor contratiempo. De todos modos, apuntaré brevemente lo que puedo recordar como digno de observación antes de haber desembarcado en esta ciudad de Bombay, y confío en no omitir nada de lo que pueda tener importancia.

»El 3 de febrero último salí de mi casa de Lantrig, e hice el viaje en coche hasta Plymouth, donde me alojé en la posada que tiene por título «Uno y Todos», situada en la calle de la Antigua Ciudad, habiéndome atraído aquel nombre, porque es el que adoptamos como divisa en nuestro país. Al día siguiente tomé pasaje para Bombay en el *Ola de Oro*, buque al servicio de la India, capitán Santiago Carey, que según supe debía hacerse a la vela a los dos días. Mi intención era marchar a Bristol, donde hay más comercio, en el caso de no encontrar en Plymouth un buque conveniente; pero en el Barbican, barrio bastante desagradable, acerté a encontrar un desconocido muy solícito, quien al saber lo que yo buscaba observó que era una fortuna habernos encontrado, pues él pensaba marchar y había encontrado un buque que se haría a la vela casi inmediatamente. Dijome que había sido escribiente de un abogado, pero que a la muerte de este último, y como le disgustara el carácter del hombre que le sustituyó, no quiso entrar a su servicio. Sus ahorros le permitían renunciar al trabajo durante un año o dos, y como le agradaba mucho viajar, resolvió ir a Bombay, no solamente para ver las maravillas de la India, sino para visitar a un hermano suyo empleado en la Compañía Oriental. Como podía disponer de todo su tiempo, ofrecióse para enseñarme el buque, alegando que si era de mi gusto, él también tomaría pasaje a fin de que hiciéramos el viaje juntos. Tan agradable era la conversación de aquel hombre, que aproveché la oportunidad con que la suerte me brindaba.

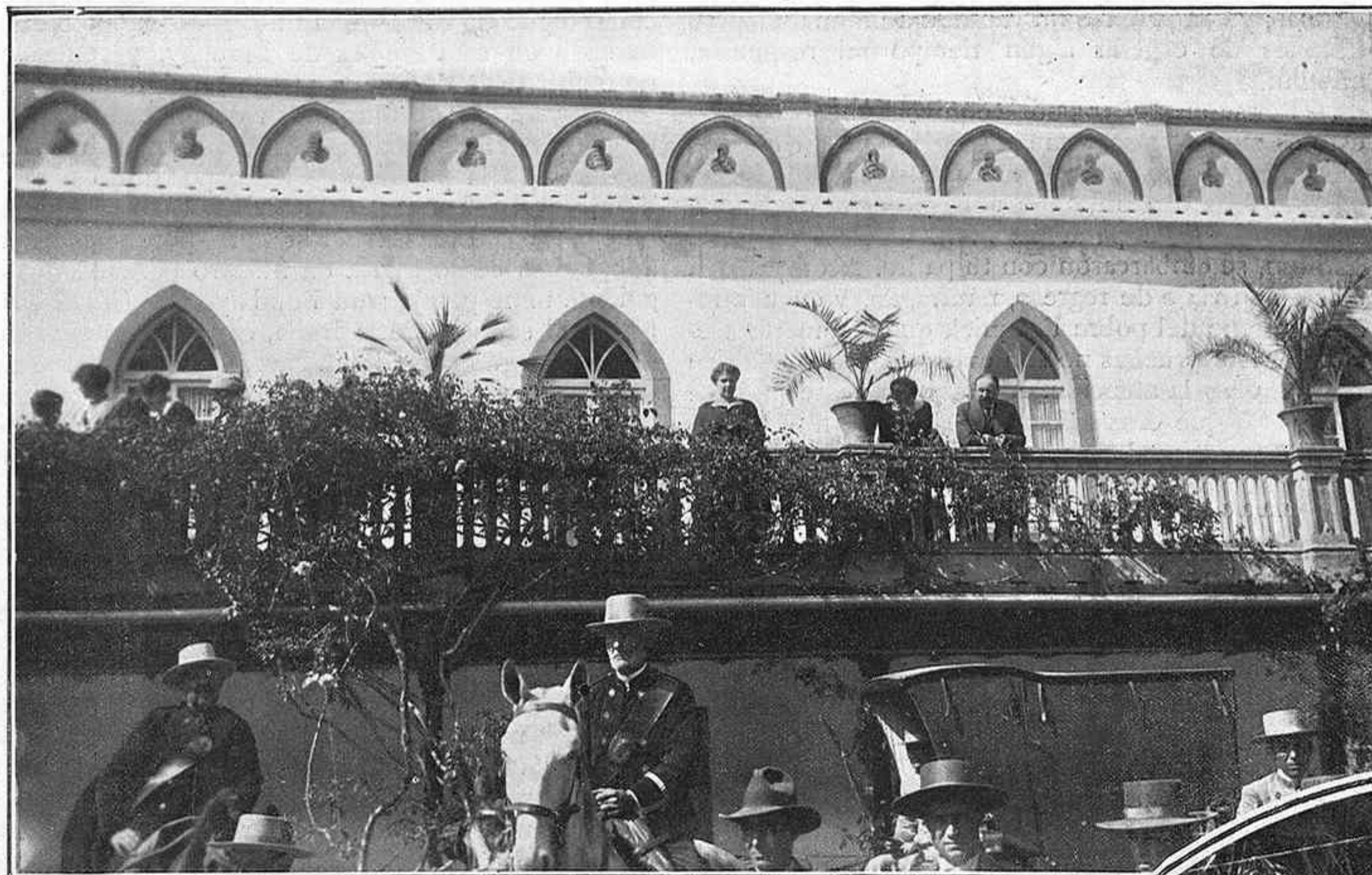
»Fuimos a ver el buque, que nos gustó mucho, y por otra parte, el capitán Carey parecía un hombre tan honrado, que se ajustó el pasaje sin más vacilación. Yo me disponía a volver a mi posada, pero antes quise saber el nombre de mi nuevo amigo: llamábase Simón Colliver, y dijome que vivía en Stoke, a donde le era preciso ir a fin de arreglar lo necesario para su repentino viaje. Añadió que en su concepto sería mejor que yo trasladara mi equipaje a la «Casa de la Bienvenida», situada en el barrio de Barbican, y desde la cual podía trasladarme muy pronto al punto de embarque. Aunque la calle de la Antigua Ciudad no estaba lejos, tal vez no habría ido a no haberseme dicho que el dueño de la «Casa de la Bienvenida» se embarcaba también como marinero en el mismo buque. Mi nuevo amigo me condujo allí, y a decir verdad, la casa no tenía muy buen aspecto, pero estaba muy limpia en el interior. Después de consultar con Juan Railton, así se llamaba el dueño, éste me cedió una habitación hasta la hora de la marcha; después bebimos una copa de ginebra, y mi nuevo amigo se despidió congratulándose de su buena suerte por haber encontrado un compañero de viaje tan a su gusto.

»Confieso que no me agradó nada el tal Juan Railton, hombre taciturno, y que se daba a la bebida; pero pocas veces le vi después de haberme traído el equipaje de la posada. Su mujer me atendió con mucha solicitud, y parecióme que la irritaba mucho el vicio de su esposo; sin embargo, amábase con el cariño que una mujer siente a veces por un animal y contristábase que se marchase. Aquella noche, cuando noté que tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar y le dije alguna palabra sobre su esposo, miróme como asombrada, y dijome que extrañaba que yo supiese que su esposo marchaba, porque su resolución había sido tan repentina, que apenas podía creer en ella aún. Alegó, no obstante, que era para su bien, y que siendo su esposo muy buen marinero, debía esperar que se marchase un día u otro. Lo que más la inquietaba, era su hija, niña de siete años, pues no le parecía propio tenerla en una taberna, oyendo continuamente el poco decoroso lenguaje de los concurrentes a la casa. Yo la consolé lo mejor que pude, y no dudo que la ausencia de su esposo no fué para ella una desgracia, como parecía suponerlo.

»El *Ola de Oro* se hizo a la vela el 6 de febrero, y llegó a Bombay el 21 de mayo después de un enojoso viaje de ciento tres días, habiendo retardado nuestro viaje los vientos contrarios al doblar el Cabo. Pocas veces vi a Simón Colliver antes de la marcha, pues las dos veces que fué a visitarme hallábase ausente. A bordo, sin embargo, siendo él y yo los únicos pasajeros, le traté naturalmente con más intimidad, y confieso que me pareció hombre muy divertido.

(Se continuará.)

S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA EN LA ALMORAIMA



S. M. en una galería del palacio

S. M. la Reina Doña Victoria ha permanecido unos días en la Almoraima, magnífica finca que en las inmediaciones de Algeciras poseen los duques de Medinaceli.

Durante su estancia en aquella posesión, S. M. efectuó interesantes excursiones, asistió a una cacería organizada en su honor y recibió la visita de la princesa Salm-Salm, cuyo esposo, como es sabido, hállase prisionero de los ingleses en Gibraltar. También recibió la de su hermano, el príncipe Alejandro de Battenberg, que forma parte de un cuerpo expedicionario inglés a Egipto y que, de paso por Gibraltar, desembarcó algunas horas para despedirse de la Reina.

El príncipe Alejandro, a su llegada a Algeciras, fué cumplimentado por las autoridades civiles y militares, marchando inmediatamente a la Almoraima, en donde le esperaba la Reina Victoria, en compañía de la cual permaneció hasta media tarde. Después, en un tren especial, se trasladaron los dos hermanos, con los duques de Medinaceli, el duque de Santo Mauro y la duquesa de San Carlos, a Algeciras, en donde el numeroso público que llenaba los muelles, balcones y azoteas les tributó una ovación estruendosa. Seguidamente pasaron al Hotel Cristina para saludar a la condesa de París y desde allí fueron al muelle, en donde la Reina se despidió de su hermano, que se embarcó inmediatamente para Gibraltar.

S. M. dirigió al Rey Jorge V de Inglaterra un telegrama dándole las gracias por haber concedido su venia al príncipe Alejandro para que fuese a saludarla antes de marchar a Egipto.

S. M. en el patio del Convento de la Almoraima
(De fotografías de López y García.)

S. M. y el duque de Medinaceli paseando por los jardines de la Almoraima. (De fotografía de Trinidad Díaz.)

La Almoraima, verdadero estado de la época feudal, es acaso la finca más importante de España por su extensión, que es de unos 1.000 kilómetros cuadrados, por su extraordinaria riqueza de caza, que ha permitido cobrar cien re-

ses en una sola montería, y por su producción, pues es la que mayor cantidad de corcho da en nuestro país y quizás la que produce mayor renta.

Enclavada entre los términos de San Roque, Los Barrios, Alcalá de los Gazules y Jimena de la Frontera, divídese la finca en dos partes: la denominada propiamente La Almoraima, que es el llano, y la llamada La Sierra. En ella están comprendidas hasta 16 dehesas, todas ellas de alcornocal, con una vegetación soberbia, entre ellas las denominadas El Convento, Las Racies, Los Charcones y El Hurón. Abundan en dichas dehesas el corzo y el jabalí.

La Almoraima constituye el antiguo estado de Castellar. Casi en el centro de la finca encuéntrase el lindo pueblecito de Castellar de la Frontera y no lejos de éste el antiguo edificio del convento, en la dehesa que lleva este nombre. El edificio indicado es muy característico; en su parte anterior, aparece dominado por una original y elegante torre; en la posterior, se conserva todavía el campanario del convento.

Compónese el edificio de planta baja y principal. En la primera están las dependencias del servicio, y en la segunda las habitaciones, muy bien dispuestas y arregladas: un gran comedor, un elegante salón contiguo y cuartos de aseo.

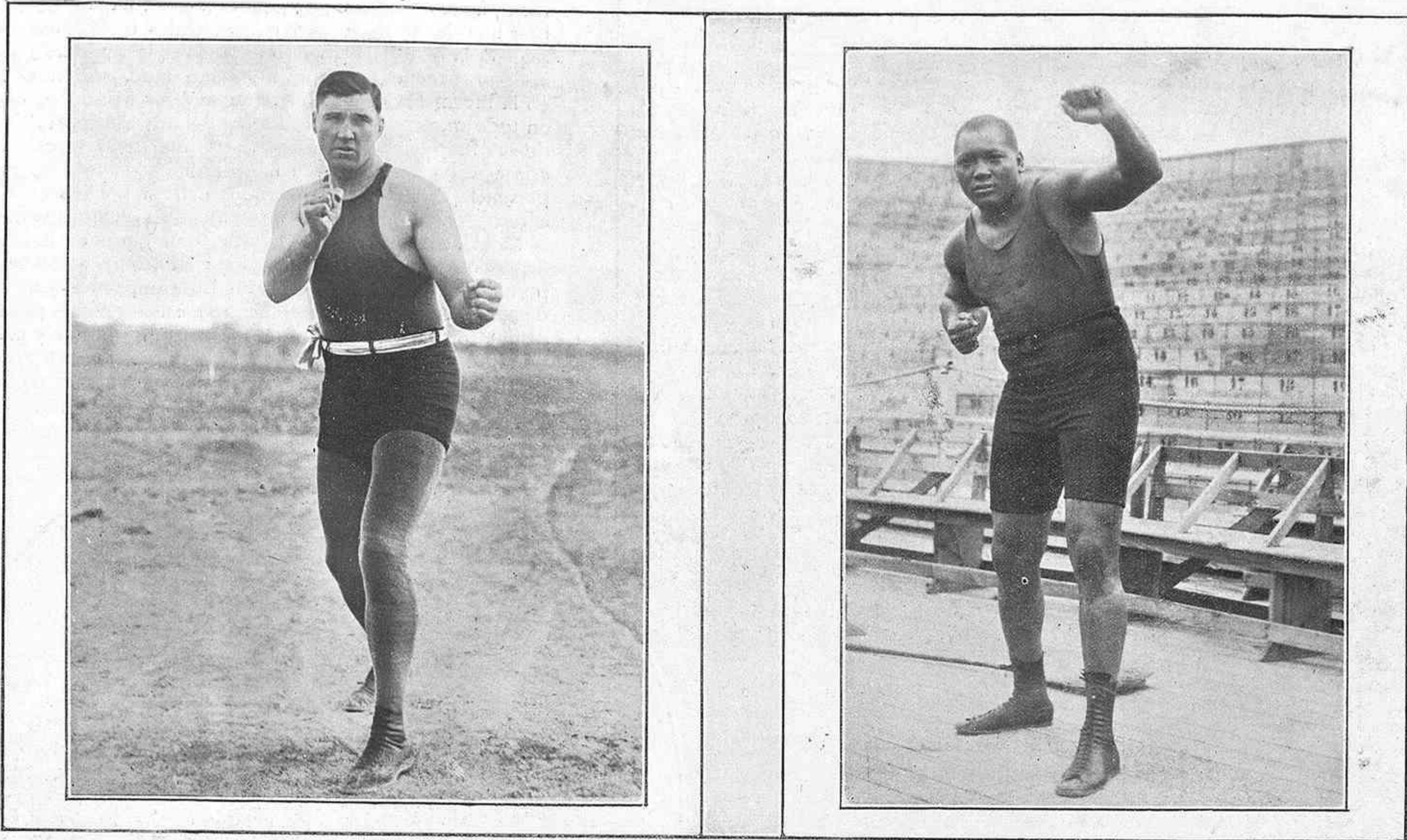
Los duques de Medinaceli han arreglado recientemente esta casa para pasar temporadas en aquella bellísima región, una de las más privilegiadas de la provincia de Cádiz.

El jabalí de la Almoraima se distingue por su bravura; es un animal fiero que espera tranquilamente a los perros y los acomete a pie firme defendiéndose tenazmente. También suele acometer a los hombres y esto ha dado lugar a algunos incidentes en las grandes cacerías que allí se han celebrado.

El duque de Medinaceli tiene en aquella finca magníficas jaurías cuyos ejemplares están ya acostumbados a la lucha con los jabalíes.

Las familias inglesas residentes en Gibraltar suelen organizar en la Almoraima, autorizadas por el propietario de ésta, grandes expediciones de caza. Como la extensión de la finca es tan enorme y los cazadores pueden extraviarse, los previsores ingleses han hecho unos planos en los que se marcan sus alturas, caminos y senderos. Mas a pesar de estos planos, cuéntase por allá que se han dado graciosos casos de bellas inglesas extraviadas en el monte, y de encuentros desagradables con piconeros jóvenes y enamoradizos.

INTERESANTE MATCH DE BOXE EN LA HABANA. - EL CAMPEONATO DEL MUNDO. (Fotografías de C. Trampus.)



El blanco Jess Willard, nuevo campeón del mundo

El negro Jack Johnson, que ha perdido el campeonato ganado en 1910

El día 5 del presente mes efectuóse en la Habana un *match* de boxe que había despertado interés grandísimo en toda América. Tratábase de disputar el campeonato del mundo en todas las categorías al famoso negro Jack Johnson, que había conquistado el título de campeón en 1910 luchando en Reno (Estados Unidos) contra el blanco Jim Jeffries, lucha de la que dimos cuenta en el número 1.490 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Desde entonces puede afirmarse que no hubo en el Norte de América un solo *sportsman* que no deseara la derrota del vencedor y la conquista del codiciado título por un blanco, y fueron innumerables los *managers* que se dedicaron a buscar al hombre que pudiese derrotar a Jack Johnson. Al fin, después de varios desengaños, fué encontrado este hombre en la persona del *cow-boy* Jess Willard, del Estado de Texas, quien aceptó sin reparos la difícil misión que se le proponía.

Concertado el *match*, celebróse éste en el hipódromo de Marianao, situado a ocho kilómetros de la capital de Cuba, y a presenciarlo acudieron quince mil espectadores, todos los que cabían en el local, habiendo quedado fuera de éste una multitud inmensa que, no habiendo podido entrar, esperó a pie firme el resultado de la lucha.

A la una y media aparecieron en la arena los dos luchadores, entre los calurosos aplausos del público, que redoblaron cuando aquéllos subieron al *ring*; pudo observarse, sin embargo, que las simpatías eran todas para Jess Willard. Éste parecía nervioso e inquieto, al paso que su competidor mostrábase tranquilo y sonriente. A las dos, terminadas las presentaciones, los dos adversarios halláronse solos frente a frente; y luego que el *spéaker* hubo anunciado que el *match* era a 45 *rounds* y que en él iba a disputarse el campeonato del mundo de todas las categorías, comenzó el combate.

Los primeros veinte *rounds* fueron ventajosos para Johnson, quien atacaba con verdadera furia, mientras que Willard se limitaba a defenderse de sus acometidas y a asestar de cuando en cuando algunos golpes bien diri-

gidos, pero que no lograban debilitar a su adversario. Pero poco a poco, a medida que el combate se prolonga, Johnson fué perdiendo su aplomo y el buen humor que hasta entonces había demostrado, y después del vigésimo *round* comenzó a dar pruebas de cansancio; Willard, en cambio, era cada vez más dueño de sí mismo y acabó por ser el que dirigió la lucha, agrediendo con verdadero éxito al negro, que parecía haber agotado sus energías en los esfuerzos realizados en la primera parte de la lucha.

Después del *round* vigésimo-cuarto, Johnson, comprendiendo que era inminente su derrota, dijo a su esposa, que ocupaba un asiento de primera fila, que se marchase, a lo que ella se negó; pero a la mitad del *round* siguiente, cuando su marido comenzaba a estar en peligro, retiróse furtivamente con los ojos llenos de lágrimas.

Desde el comienzo del *round* vigésimoquinto, Willard atacó con mayor energía aún, asestando dos terribles golpes a su contrario, que por un momento vaciló, procurando un cuerpo a cuerpo que aquél supo evitar. Johnson parecía agotado cuando sonó la señal de descanso; el pequeño descanso no bastó para devolverle su aplomo, y en el *round* vigésimosexto toda su táctica consistió en esquivar los terribles golpes de Willard, uno de los cuales le hizo agarrarse a las cuerdas y doblar en tierra una rodilla. Incorporóse, sin embargo; pero entonces Willard, de un salto, lo acorraló en un rincón, de un tremendo golpe en el cuerpo hizolo vacilar de nuevo, y aprovechándose de su ventaja, a pesar de las ya torpes defensas de Johnson, le asestó con terrible fuerza un puñetazo en la barba. Johnson se desplomó, y transcurridos diez segundos sin que se levantase, Willard fué declarado vencedor y por consiguiente campeón de boxe del mundo, y llevado en triunfo por sus admiradores. Johnson, al volver en sí poco después, reconoció que había sido vencido en buena lid por un hombre más joven y mejor que él.

Muchos atribuyen la derrota de Johnson a la vida regalada y a su inacción durante estos últimos años.

El Jabón
de
HENO de PRAVIA
da flexibilidad y tersura á la piel, y la impregna de un exquisito perfume.



La guerra europea. - Salida de un observador aeronauta para su puesto de observación provisto de sus aparatos telefónicos, etc.

LA NAVEGACIÓN AÉREA Y LA GUERRA

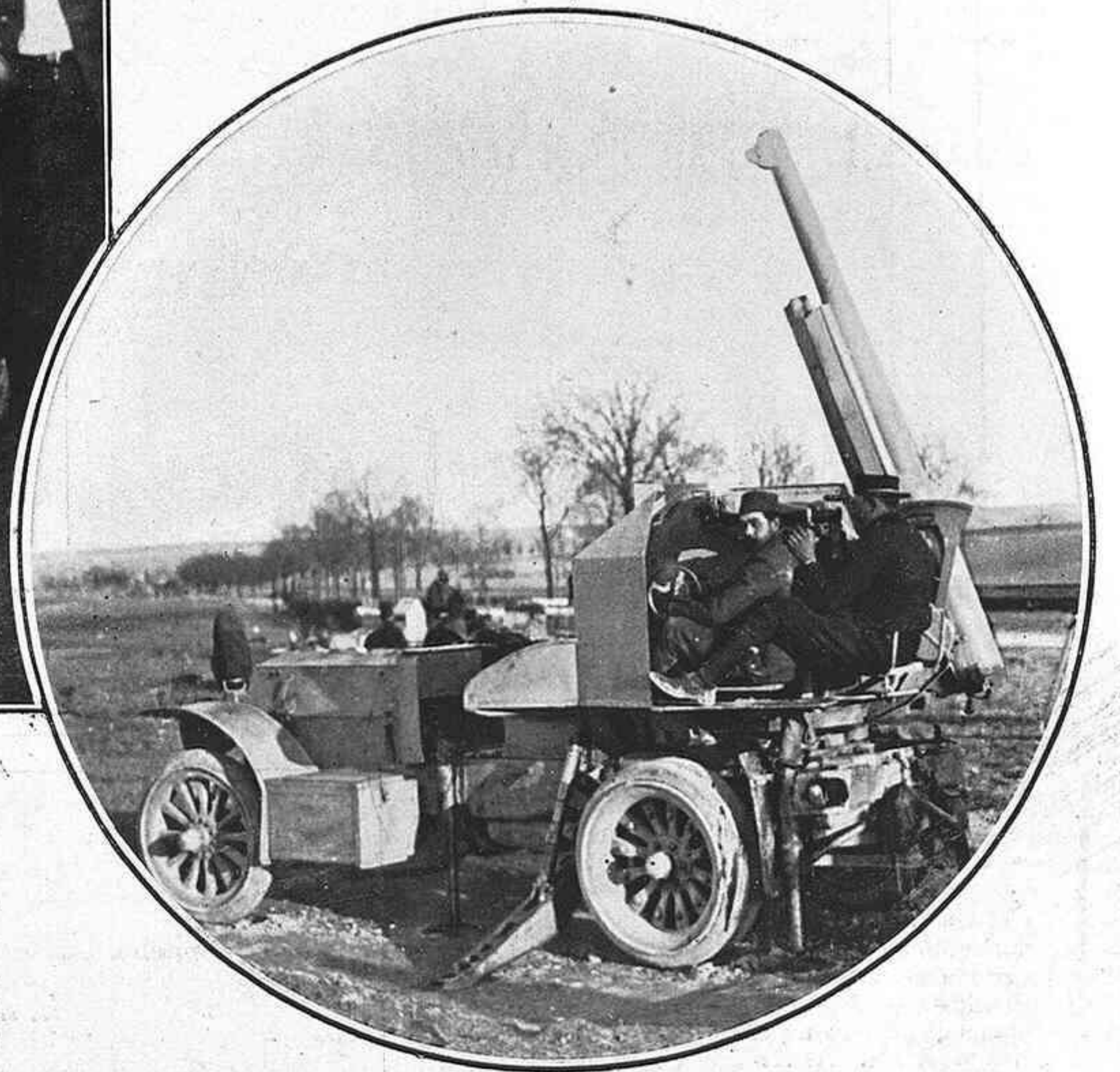
Desde que en la navegación aérea se realizaron los importantes progresos que la han llevado a la altura en que actualmente se encuentra, comprendiéndose los inmensos servicios que podría prestar en caso de guerra. De aquí que los Estados Mayores de todas las grandes naciones prestasen gran atención a los perfeccionamientos que en los aparatos voladores se introducían, y procurasen de sus gobiernos respectivos la construcción del mayor número de ellos.

Los ensayos practicados en las maniobras de los ejércitos de distintos países no tardaron en confirmar y justificar las esperanzas en tales aparatos cifradas; faltaba, empero, aquilatar el valor de la nueva arma en la guerra y por desgracia no tardó en presentarse ocasión para ello; la lucha colosal y terrible en que actualmente se hallan empeñadas tantas naciones ha sido un excelente campo de experimentación en el cual se ha demostrado que si la importancia de aeroplanos y dirigibles como armas

ofensivas era insignificante, por no decir nula, en cambio como elementos de observación y de exploración, resultaban ser de un valor inapreciable. De lo primero son buena prueba las distintas incursiones de los zeppelines en Inglaterra y en Francia y los raids de los aviadores ingleses, belgas y franceses contra algunas poblaciones de Alemania. Los daños materiales por unos y otros producidos han sido de muy poca consideración; y en cuanto a los efectos morales, si en un principio aquellas agresiones aéreas pudieron causar algún pánico en las ciudades que de ellas eran objeto, este pánico ha acabado por desaparecer ante el conocimiento de que no sólo tales agresiones eran casi inofensivas, comparadas con cualquier otro medio de destrucción guerrera, sino que, además, eran fácilmente evitables y podían ser fácilmente repelidas.

En cambio, la utilización de las máquinas voladoras, sobre todo de los aeroplanos, en los servicios de observación y exploración ha dado resultados tan admirables y sorprendentes que bien puede afirmarse que, gracias a ellos, ha sufrido el arte militar una de las mayores y más radicales transformaciones que registra la historia, haciendo imposibles las grandes batallas del antiguo sistema que, en un momento dado, podían ser decisivas en la lucha. En efecto, hoy, gracias a los aviadores, concócese en todo momento las evoluciones del adversario, la distribución de sus fuerzas, los contingentes de que éstas se componen; y con este conocimiento se imposibilita toda sorpresa, pues en presencia de los datos obtenidos de visu por los exploradores aéreos es fácil adoptar las necesarias disposiciones para evitarla.

La aviación militar se ha cubierto de gloria en la actual conflagración europea, y en todos los ejércitos los aviadores se han portado con verdadero heroísmo. Los campeones que en tiempo de paz admiraron a los públicos con sus atrevidas proezas y se disputaron en reñidos concursos copas de honor y cuantiosos premios, hoy exponen a cada momento sus vidas por sus respectivas patrias y se consideran espléndidamente recompensa-



Auto-cañón para disparar contra aeroplanos y dirigibles. (De fotografías de Rol.)

dos con una citación en la orden del día y con poder ostentar una condecoración honorífica sobre su pecho.

La misión de los aviadores es en alto grado peligrosa, porque a los accidentes propios de esas frágiles máquinas que tantas víctimas han ocasionado mientras la aviación se ha practicado simplemente como deporte, hay que añadir el riesgo inminente y constante del fuego enemigo, puesto que hoy todos los ejércitos cuentan con cañones especialmente contruidos y dispuestos para dar caza a los aviones y dirigibles.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida a la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el mas activo y economico, el unico inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN